

—Mire V., cosas del mundo. Yo no estoy bien enterada, porque yo soy, para servir á V., viuda, y vivo en el cuarto de al lado con mi pobreza, y fuí por eso la primera que supe la enfermedad de D. Francisco, y pasé en seguida para cuidarle, porque el pobre no tenía á nadie hasta que vino la señorita... porque él la avisó... pero, según he oído decir, D. Francisco tenía alguna cosita de los ahorros que había hecho, y para no tener el dinero en casa, que sabe V. que hay tantos ladrones en Madrid, fué, cogió, y ¿qué hizo?... Se lo dió á un amigo, ¡vaya un amigo! que tenía no se qué sociedad ó trapisonda, y á todo el que le llevaba dinero le ofrecía darle qué se yo cuánto por ciento, una barbaridad...

—Entiendo, la sociedad quebraría y D. Francisco se quedó sin su dinero.

—Sí, señor, eso ocurrió, pero no crea V. que el amigo de D. Francisco haya quedado como él y otros pobres, porque por ahí anda en coche, y ahora no se qué gran destino tiene... y dos veces que D. Francisco ha ido á verle, no le recibió, y le mandó recado de que si tenía algo que pretender lo hiciera por escrito. ¡Picardía como ella!... ¡Ay! Jesús, el mundo está como no ha estado nunca... Si á mi marido, que esté en gloria, le hubiera sucedido un paso semejante, habría sacado su dinero ó hubiese ardido Madrid, pero D. Francisco se apocó, y congoja va y congoja viene, ahí le tiene V. que entregará el alma al

Criador hoy ó mañana, que ya el médico le ha echado el fallo.

—¡Qué dolor!... Va V. á hacerme un favor...

—Lo que V. quiera. En siendo cosa que yo pueda...

—Va usted á recibir estos quince duros para el enfermo.

—Señorito, si él no necesita nada, si la señorita corre con todo el gasto.

—No importa, yo también quiero contribuir...

—Sin permiso de la señorita no me atrevo á tomar nada.

—¿Y si yo le doy á V. cuatro letras para la señorita?...

—Eso es otra cosa.

—Pues hágame V. el favor de un papel y de una pluma.

—Aquí tiene V. encima de esta mesa. Mientras V. escribe, voy á ver si duerme aun don Francisco. Pronto dormirá para siempre el infeliz.

Joaquín escribió lo siguiente:

«La mayor ventura para mí sería saber quién es la modesta y caritativa dama que pedía para los pobres en la parroquia de San Sebastián y que anoche encontré al lado del lecho del anciano moribundo. Quiero saber quién es para saber á quién admiro y respeto profundamente. He podido saberlo, preguntando á la buena mujer á quien entrego esta carta, pero no quiero dar lu-

gar á que se me juzge indiscreto. Si *ella* me quiere decir, quién es, la bendeciré por el bien que me hará colmando mis deseos; si no me lo quiere decir, respetaré su voluntad, y seguiré deseando saberlo. Permítame la bienhechora del moribundo que yo también contribuya con algo al socorro de ese anciano que anoche recibió la consoladora visita de Dios.»

Firmó luego y encerró la carta, con las tres monedas, en un sobre que llevaba en la cartera. La mujer salió de la alcobita del enfermo.

—Todavía duerme tranquilamente, dijo; mucho temo que sea ésta la mejoría de la muerte.

—Tome V., señora; esta es la carta que deseo que entregue V. á la señorita. En ella están los quince duros.

—Está muy bien.

—¿Hoy vendrá?...

—Es probable, porque ella no abandona á su enfermo. Como que el padre de la señorita era el mejor amigo de D. Francisco, y le debía la vida, que le salvó en una ocasión en la guerra.

—Sí; ya lo sé, observó Joaquín para acabar de inspirar confianza á la buena mujer á quien pensaba que podría deber al fin el logro de su ardiente deseo de conocer á la incógnita.

—¿Y qué más quiere V. que diga á la señorita?

—Nada más que entregarle esa carta.

—¡Jesús! me va V. á perdonar, pero yo no sé por qué se me figuró antes una cosa que... va-

mos... Dios me perdone... y después de todo no tendría nada de particular, porque la señorita es un ángel, y tan hermosa... pero fué un mal pensamiento mío, porque ¿cómo V. había de venir á verla aquí?...

Joaquín se sonrió, y se despidió de la mujer.

Ocurriósele esperar abajo que llegara la incógnita enfermera, pero, pensándolo, desistió de este propósito. Acaso á ella le disgustaría que la esperase para sorprenderla y conocerla, y Joaquín tenía grandísimo interés en aparecer á los ojos de aquella mujer tan discreto y prudente como respetuoso y sumiso.

Su amor era ideal como ninguno; amaba con veneración á aquella que no sabía si era joven ó vieja; si era soltera ó casada, bella ó fea.

Él se la imaginaba, sin embargo, joven y hermosa.

La que cuidada del enfermo la había nombrado *señorita*; debía, pues, ser soltera.

Joaquín conservaba en su memoria el contenido de la carta que acababa de escribir en casa del moribundo, y lo repetía para convencerse de que no había ni una sola frase indiscreta. La *señorita* no podía de ningún modo enojarse.

Por la tarde pensó si subiría otra vez á enterarse del estado del enfermo, pero no lo hizo. ¿Qué diría si encontraba allí á la dama de sus pensamientos? ¿No sería una gran irreverencia tomar como pretexto al pobre moribundo para

ir á satisfacer una amorosa curiosidad? Grande era la que sentía, pero su hidalguía repugnaba todo aquello que pudiera ser interpretado desfavorablemente á sus buenos y honrados sentimientos.

Pasó el día, y el siguiente se atrevió á entrar en la casa con objeto de preguntar al portero por el enfermo.

El portero no estaba allí, y dudaba el joven qué haría, cuando vió que por la escalera bajaban cuatro hombres con un ataúd.

Ya no tenía que preguntar por el enfermo.

Joaquín retrocedió con terror. Era la tercera vez que tropezaba con la muerte. Pero la mala impresión que le produjo el triste espectáculo no le hizo olvidar su costumbre de descubrirse respetuosamente ante el cadáver del prójimo. Hízolo así y dejó pasar á los sepultureros.

Detrás de éstos bajaba el portero murmurando:

—Ya acabó de padecer, Dios le tenga en la gloria. Verdaderamente, pasando lo que se pasa en esta vida, no sé por qué se tiene lástima al que se muere. Ya arregló D. Francisco sus cuentas con todo el mundo, ya no estará en un ¡ay! como estaba aquí.

—¿Cuándo ha muerto? preguntó Joaquín, interrumpiendo el monólogo filosófico del portero.

—Ayer tarde; se quedó como un pajarito ¡Como que doña Petra creía que estaba durmiendo!

El pobre, como ha tenido una vida tan amarga, quiso Dios darle una dulce muerte.

—¿Doña Petra es la vecina que le cuidaba?...

—Sí, señor; una buena mujer que ayer, en cuando murió D. Francisco, fué, cogió, salió, trajo dos mozos, se llevó sus trastos y me dió las llaves del cuartito de al lado, que era el suyo. Como vivía sola, se conoce que tendría miedo á que se le apareciera el difunto.

—¿Es decir que ya no vive aquí? preguntó Joaquín alarmado.

—No señor.

—¡Qué desgracia!

—¿Cuál?... ¿La muerte de D. Francisco?... No señor; un hombre á sus años y en su triste situación, ¿qué había de hacer ya en el mundo? Dios le ha hecho un favor, y ahora estará tan ricamente en el otro, diciendo para sí:—Me alegro de haberme muerto. No me podía haber sucedido cosa mejor.

—Y doña Petra ¿no le ha dicho á V. adónde iba?...

—¡Cá! no señor; salió con una señorita que solía venir á ver á D. Francisco...

—¿Una señorita?

—Digo, á mí me lo ha parecido; muy bien vestida, con su cola y todo cuento.

—¿Bella?

—Guapa querrá V. decir, ¿eh?..

—Sí, eso.

— Mire V., lo que es eso no se lo puedo decir á V. porque traía su velo muy echado, y luego, que yo no tengo ya muy buena vista, que desde que tuve aquellas calenturas se me ha acertado mucho, y yo, Dios me perdone, le echo la culpa al médico que equivocó las medicinas..., pero, como digo, si he de hablar con verdad, lo que es la cara no se la he visto. Pero eso sí, ella es alta, buena presencia, anda con mucho aire de señora..., pero á mí ¿qué me importa todo eso?...

— Es verdad, á V. no, pero á mí sí.

— ¿A V. sí?... Pues ya sabe V. todo lo que yo sé. Y ahora voy á poner la tablilla de cómo se alquilan dos sotabancos y el portero dará razón. Ya me ha caído que hacer con subir y bajar las escaleras para enseñar los cuartos, porque, en cuanto se pone la tablilla, empiezan á venir cesantes, como ahora hay tantos, y una nube de viudas que le digo á V. que se divierte uno. Y con todos los que vienen tengo que subir, porque si no, ya me ha sucedido que me han roto cristales y alguno se ha llevado la hornilla y otros han arrancado los pestillos de las puertas, y el portero es quien paga. Y como todo va sobre uno, tiene uno que estar prevenido para no pagar uno luego el pato.

Joaquín no le oía ya, porque sabiendo que ya no estaba allí la que cuidaba al enfermo, nada tenía que hacer en aquel portal ni le importaba lo que le refería el portero.

Este miró y vió que ya no estaba allí el señorito, y cogiendo una silla, se dirigió á la puerta, y subiéndose en ella, colgó en un clavo la tablilla diciendo:

—Pues señor, ¿quién es ese señorito y qué tendrá que ver con doña Petra?

Por la tarde Joaquín recibía por el correo interior una carta de la señorita... Decía así... pero como no es corta, habremos de colocarla en capítulo aparte.

X

Carta de Soledad.

La carta decía así:

«Me entregaron la carta de V. con su donativo para el pobre enfermo, que ya no necesitaba nada de este mundo el infeliz. Agradezco, sin embargo, el socorro de V., aunque no lo ha hecho V. movido solamente del hermoso sentimiento de la caridad y el amor al prójimo, porque si así hubiera sido, no habría V. escrito la carta que acompañaba á las monedas. Pero V. calculó bien que, acompañando este donativo, me obligaba á leer la carta. La he leído, señor mío, y he dudado si debería dejarla sin respuesta, pero la cortesía me obliga á contestar á V., bien que sea para decirle poco más que nada.

»Quiere V. saber quién es la que pedía en la iglesia de San Sebastián para los pobres, y quién es la que estaba junto á la cabecera del lecho del moribundo. Satisfaré la curiosidad de V. Yo soy la que pedía para los pobres y acompañaba al enfermo.

»Ya sabe V. que era yo, y ahora querrá V. sa-

ber quién soy yo. ¿No es verdad?... Pura curiosidad... Si V. me hubiera visto sin el velo con que acostumbro á cubrir mi rostro, es seguro que no habría V. fijado en mí su atención, pero esa es la condición humana, lo desconocido tiene para nosotros grandes atractivos. V. se ha forjado ya en su imaginación una ó más novelas en que yo seré la protagonista; V. cree que, conociéndome, va á conocer algo extraordinario y misterioso, y por eso muestra tanto afán por conocerme. ¡Curiosidad, sólo curiosidad! Pero vea V. si yo soy franca: la presencia de V. hizo profunda impresión en mí, porque se parece V. á un hombre que ha sido dueño de mi corazón, objeto de mi amor, del amor más puro y fiel... Ninguno fué amado como él, ninguno tan digno de ser amado. Tenía la misma edad que usted representa, la misma dulce y suave mirada, la misma sonrisa. La tarde que ví á V. por primera vez en el coche *tramvía*, cuando tuvo V. la bondad de pagar por mí y por mi tía, á quien se le había olvidado el dinero, creí un momento que V. era el hombre á quien tanto amé... ¡Ay! no podía ser él, porque él está muy lejos de aquí. Después he visto á V. en la iglesia de San Sebastián, en el teatro y en casa del pobre enfermo, y no debo ocultarle que su presencia me ha causado viva emoción. Usted, como él, va á la iglesia, tiene creencias, no sucumbe al contagio de la epidemia reinante de impiedad, ni al influjo del

indiferentismo; V., como él hizo muchas veces, se considera honrado yendo con la cabeza descubierta al lado del sacerdote que lleva al enfermo el mayor bien y el mayor consuelo de nuestra santa religión. V., en fin, es como él caritativo y generoso. V. también tiene como él tenía en alto grado el sentimiento de lo bello; en el teatro Real ví á V. una noche, sin distraerse un momento, embebecido oyendo las dulcísimas incomparables armonías de la música de una de las más hermosas y delicadas inspiraciones del gran Meyerbeer. Ver á V. es para mí una pena y un consuelo al mismo tiempo.

«¿Y qué más he de decir á V...? ¿Tiene V. todavía curiosidad de verme... Estoy segura de que si me viera, no tendría deseos de volverme á ver, y yo sí quiero ver á V. En mi familia hay alguna persona que le conoce, y por esa persona sé yo noticias de V. Días pasados vió á V. en una *manifestación* y tuve un mal día; porque en esas aficiones no se parece V. á aquel á quien yo creí que en todo había V. de parecerse. La misma persona de mi familia, un loco de atar, me asegura que V. va á un *club* de esos que ahora abundan tanto; esa persona lo aplaude, y yo lo deploro.

«Pero V. dirá que á mí no me importa todo eso. Sí me importa, porque es un desencanto para mí saber que no se parece V. completamente á aquel á quien he amado tanto.

»No quería decir á V. más que dos palabras, y llevo ya escritas muchas. Concluyo, pues.

»Nada tiene V. que admirar en mí que soy una mujer como otra cualquiera, aunque el que tanto se parecía á V. aseguraba que no la había más buena y más hermosa que yo en el mundo. Pero él estaba enamorado de mí.

»En cuanto á su deseo de conocerme, prometo á V. que me conocerá cuando esté yo plenamente convencida de que en todo es exacta la semejanza entre V. y él.

»Si esta carta no pone fin á la curiosidad de usted tan lisonjera para mí, escíbame cuantas veces quiera, consulte conmigo, si en algún caso quiere saber mi opinión; yo le daré á V. noticias de los pobres á quienes debe socorrer, le pediré su concurso para alguna buena obra, le trataré, en fin, como á un amigo, como á un amigo discreto y desinteresado. Empiezo á confiar en usted, firmando esta carta con mi nombre, que es—SOLEDAD.»

Esta es la carta que recibió nuestro estudiante, carta que leyó cien veces seguidas, y habría leído una vez más si no hubiera entrado á la sazón el bueno de D. Facundo.

—¡Ah! exclamó Joaquín, V. acaso la conocerá.

—¿A quién?...

—¿Conoce V., amigo mío, á alguna Soledad?..

—Sí señor, en *La Correspondencia* se anuncia

una empresa de entierros con ese título, en competencia con la *Funeraria* y la *Funebriedad*.

—Siempre de broma. Se trata de una mujer que se llama así.

—¡Soledad! ¡Soledad!... En un café de la plaza del Progreso entusiasma ahora al ilustrado público una *cantarina* de ese nombre, que canta la *Soleá* por lo flamenco.

—Por Dios, D. Facundo...

—Pero hombre de Dios, ¿quién es esa Soledad?

—Lea V. esta carta, amigo mío. Es la de la mano.

—¡Ah! exclamó D. Facundo, fijando la vista en el papel, yo conozco esta letra...

—¿Sí?... ¿La conoce V.?... ¡Oh! ¡Qué fortuna!...

—Yo he visto esta letra otra vez ú otras veces.

—¿Dónde?

—Probablemente en algún papel; me parece que las letras se ven, por lo regular, en el papel.

—Tiene V. razón, D. Facundo; mi pregunta es necia.

—Cálmese V., y no sea tan impresionable. Ya buscaremos á la misteriosa autora de la carta, y daremos con ella cuando menos lo pensemos. Si es hermosa, no durará el misterio, porque una mujer hermosa no se aviene á ocultar el rostro mucho tiempo. Les sucede á las mujeres hermosas lo que á los políticos que son grandes oradores; no les agrada el retraimiento, y si alguna vez lo adoptan, á la primera ocasión lo abando-

nan. Entretanto, no tenga V. duda, yo buscaré esa Soledad en todo Madrid; en las reuniones á que asisto, en los teatros, en las iglesias, en los paseos, preguntaré, inquiriré, averiguaré, y no daré por terminada mi misión hasta que le lleve á V. delante de su desconocida y le diga: «Ahí tiene V. á Soledad.»

La carta de Soledad contenía una postdata que decía:

«Si me escribe V., basta que ponga en el sobre mi nombre y un sello del interior para que la carta llegue á mis manos. Usted puede escribirme cuantas veces quiera, pero no recibiré V. contestación á todas sus cartas, porque me cuesta mucho trabajo escribir.»

Joaquín escribió varias veces á Soledad, pero no obtuvo contestación. Dos meses habían pasado, y ya hacía días que no recibía carta, cuando recibió una que decía:

«Amigo mío; á beneficio de los pobres niños expósitos se da mañana un baile en el teatro Real; en esta obra *bailable* de caridad intervengo yo con otras señoras y señoritas, y me he acordado de V. para enviarle dos billetes. No sé si á usted le gustan los bailes pero sé que le gusta ejercer la caridad. El importe de los billetes puede enviarlo á la señora tesorera de la Junta, Condesa de XXX.»

XI

Un baile de máscaras.

Para Joaquín no era cosa nueva un baile de máscaras; había estado en alguno en Sevilla, y aun en Osuna, pero estos bailes no podían compararse con los de nuestro gran teatro de la Opera.

Contaban los periódicos, antes de que se verificara, grandes prodigios del lujo que se desplegaría en la fiesta, de lo brillante que sería la reunión, de los caprichosos y lindos trajes que ostentarían las más elegantes y bellas damas de la aristocracia, y aseguraban en fin, que no faltaría allí persona alguna importante de Madrid. Las señoras de la Junta habían colocado todos los billetes al precio de cinco duros cada uno, y el resultado del beneficio sería un ingreso de algunos miles de ellos para atender á los pobres niños de la Inclusa, amenazados de una huelga de nodrizas, porque á éstas no se les pagaba hacía algunos meses por efecto de la penuria en que se hallaba la Diputación, que había debido ha-



cer otros gastos patrióticos en honor de la revolución. Joaquín tenía curiosidad de ver el baile, y halagábale la esperanza de hallar allí á Soledad, porque, aunque no la suponía aficionada á bailes, pensaba que acaso tendría que asistir oficialmente, digámoslo así, por ser ella una de las damas encargadas de la fiesta benéfica.

Joaquín ofreció á D. Facundo uno de los billetes.

—Precisamente yo iba á ofrecer á V. otro, dijo D. Facundo; esas señoras me han enviado sesenta, que importan nada menos que 6.000 reales. Afortunadamente, todavía hay Tertulia progresista; en esta patriótica sociedad he colocado cincuenta y ocho, reservándome dos para nosotros. En cuanto he dicho á mis amigos de la Tertulia que era cosa de la aristocracia, tiempo les ha faltado para tomarlos, porque, aunque los progresistas suelen tronar contra la aristocracia, crea V. que les gusta por extremo codearse con la nobleza. Allá irán mis cincuenta y ocho *tertulianos* dispuestos á conquistar cincuenta y ocho marquesas, ó más, porque alguno bien se atreverá con más de una. De manera que puesto que V. tiene billete y me ofrece otro, venderé también los dos que me quedan é iremos al baile.

—Me los ha enviado ella.

—¿La de la mano?

—Sí señor.

—A propósito; en la Junta de señoras hay una Soledad.

—¿Sí?...

—La excelentísima señora marquesa de la Colina.

—¿Casada?

—No señor, viuda tres veces; tiene ochenta y seis años.

—Siempre está V. de broma.

—Hombre, yo busco á Soledad por todas partes, y en cuanto oigo ese nombre, me informo de las circunstancias de la persona. También sé de otra Soledad.....

—¿De otra?

—Sí señor, una oradora que ayer habló en una reunión de libres pensadores y pensadoras. *La Correspondencia* da cuenta de la reunión, y en ese suelto he visto que la ciudadana Soledad no sé cuantos hizo una calorosa defensa del sexo débil, atacando al fuerte de la manera más enérgica, y pidiendo para la mujer iguales derechos que para el hombre. Pero supongo que no será esa la Soledad que á V. le preocupa.

—Si no trae V. más noticias...

—No hay que desesperar por eso. Puede que en el baile encuentre V. á Soledad.

—¡Ojalá!

—Cuidadito con las máscaras. Una mujer con careta es sumamente peligrosa. Siento que le preocupe á V. tanto esa mujer desconocida.

—¿Por qué?...

—Porque acaso descuide V. sus estudios.

—¡Oh! no, al contrario.

—Más vale así.

—Tengo un respeto á mi desconocida... Por nada del mundo quisiera que pudiera formar de mí un desventajoso concepto.

—Usted presente que su famosa desconocida es vieja... ¿Será, en efecto, la marquesa de los ochenta y seis años?..

—¡Oh, no! Es joven y bella.

—¿Cómo lo sabe V.?

—Me lo dice el corazón.

—A los jóvenes tan impresionables como usted les dice el corazón muchas cosas que son agradables ficciones. Pero no insisto, que los caracteres como el de V. son muy susceptibles, y no quiero enojar á persona á quien tanto estimo.

.

El baile en el Teatro Real era brillantísimo; los periódicos habían dicho poco encareciendo el lujo que se ostentaría en aquella fiesta.

Joaquín quedó deslumbrado al penetrar en el gran salón, y no pudo menos de manifestar su asombro á D. Facundo, que le acompañaba.

—Esto es magnífico, le dijo; yo no podía figurarme un espectáculo semejante.

Don Facundo no le pudo contestar, porque

ya les había rodeado un grupo de donosísimas máscaras.

—Toma, viejo marrullero, decía á D. Facundo una que vestía un rico traje de jardinera, presentándole una violeta.

—¿Marrullero me llamas?... No me conoces, porque, ¿dónde hay sér más inofensivo que yo?

—Viudo empedernido.

—Eso honra á la que fué mi mujer, por que es señal de que no podía ser reemplazada por ninguna otra. Los que se casan por segunda vez lo hacen porque la primera les salió mal, y para no irse del mundo sin saber lo que es la felicidad conyugal. El que ha sido muy venturoso con su mujer ya no puede serlo con una segunda. ¿No sabes tú nada de eso?

—Hijo, yo no sé.

—Es extraño, porque si no mienten mis informes la primera vez que te cases tú será ya la tercera, porque la segunda ha sido el año pasado.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué hombre tan embustero! exclamó la máscara, y seguida de sus compañeras se alejó presurosa de D. Facundo, que se quedó riendo.

—Ya ve V. como la he conocido, dijo á Joaquín.

—En efecto, y no le ha hecho gracia que la haya V. hablado de su segundo matrimonio.

—Pues mire V., ella no se puede quejar del

primero ni del segundo de sus maridos. Si el primero era sufrido, el segundo no lo es menos.

Una máscara vestida de noche estrellada, con un hermoso traje de raso azul oscuro, sembrado de estrellas de plata, se acercó á D. Facundo.

—Pero hombre; dime, ¿de qué vives?... le preguntó. Te has arruinado dos, ó tres, ó no sé cuántas veces, y sin embargo, cada vez vives mejor, y trabajas menos, y te diviertes más.

—Mascarita mía, por Dios, que es indiscreta la pregunta que me has hecho; pero si estuviera aquí tu marido se enojaría contigo oyéndote echarme en cara mi ruina, por aquello de que no hay que mentar la soga en casa del ahorcado.

—¡Ja! ¡ja! ¿á qué viene eso?... No soy yo á quien se puede decir eso.

Y la máscara se escabulló.

—¿También la ha conocido V.? preguntó Joaquín á D. Facundo.

—Sí señor; yo conozco á la mayor parte de las que están aquí.

—Es singular.

—No señor, no tiene nada de particular. Ya diré á V. mi sistema.

—Un poco fuertes me parecen las contestaciones que ha dado V. á esas máscaras.

—Amigo mío, yo bailo siempre al són que me tocan.

—Facundito, dijo con dulce voz una esbelta napolitana, ¿es hijo tuyo este joven?...

—No; es mi discípulo.

—Buenas cosas le enseñarás.

—Que él te diga, mascarita.

—¡Jesús! exclamó la máscara, dirigiéndose á Joaquín; ¡en qué manos has caído, incauto joven!

—En las más leales y dignas, respondió tímidamente Joaquín.

—¡Buenos consejos te dará por cierto, y buena gente te hará conocer!...

—Pues ahora estaba pensando, amable máscara, en hacer, que te conozca á tí.

—¿A mí?... Para eso sería preciso que me conocieras tú.

—¿Crees que no te conozco?... Ahora lo veremos. Precisamente debo tenerte en lista.

—¡Qué extravagancia! ¿en lista á mí?...

—Don Facundo sacó su cartera, la abrió, y mostró á la máscara una hoja llena de nombres.

—Aquí lo tienes.—*Traje de napolitona.* La... de...

—No lo digas, maldito. ¡Qué horror! Este hombre es el mismo diablo. Dame ese libro, que quiero arrancar la hoja.

—No, eso no; lo que haré en tu obsequio y siquiera porque no has negado que mis informes son exactos, será borrar tu nombre de mi lista.

Y con el lápiz borró D. Facundo uno de los

renglones escritos en la hoja de la cartera.

—No tengas cuidado, añadió, que seré discreto y no te descubriré.

—Pero dime, ¿por qué medios has podido averiguar los trajes de tantas señoras? Tú has sobornado á las modistas.

—Eso sería propio de un marido celoso de su sombra.

—Alguien nos ha hecho traición.

—No lo creas; vosotras mismas sois las que me habéis puesto en autos. Hace quince días que en todas las casas que visito no oigo hablar más que de los trajes que se confeccionaban para este baile. Tengo buena memoria, y he ido recogiendo estos preciosos apuntes. Probablemente tú misma habrás dicho delante de mí que trajes preparaban varias amigas tuyas, y alguna de éstas me habrá ponderado ese que te habías mandado hacer, y que te sienta á las mil maravillas.

—Repito que eres el diablo; no se te escapa nada. Delante de tí no volveré ya á hablar más que del frío y del calor.

La napolitana dejó á nuestros dos amigos y D. Facundo continuó conociendo á cuantas máscaras le hablaban, sin más que consultar su cartera.

Dos máscaras se acercaron.

Una era alta, de buen aire, cubierta enteramente con un dominó de riquísimo raso negro

por delante y blanco por detrás; la otra llevaba dominó completamente negro.

—Vamos á ver, dijo la primera á D. Facundo; dicen por ahí que tú tienes no sé qué libro mágico por el cual conoces á todas las máscaras que se acercan á tí.

—Casos se han visto esta noche, hermosísima máscara.

—Pues yo quisiera saber si me conoces también á mí.

—Veamos.

D. Facundo consultó su cartera.

—No te conozco, dijo; no consta aquí tu filiación, y lo siento en verdad, por que tu porte y tu apostura excitan grandemente mi curiosidad.

—No me conoces, es inútil que mires mis ojos.

—¿Quieres mi brazo?...

—No; dáselo á mi amiga y compañera, que te ha conocido más que yo; te ha conocido en tus buenos tiempos. Yo tomaré el de tu amigo.

Y la máscara tomó el brazo de Joaquín, que no pudo reprimir una exclamación de alegría al ver que en la mano de la máscara brillaba aquel hermosísimo rubí de su dama desconocida.

Conociendo Joaquín á su desconocida, poco le faltó en verdad para caer privado de sentido; tan grande fué su emoción, tan profunda, que estuvo largo espacio sin saber qué decir á su

pareja, que, apoyada en su brazo, debía sentir como temblaba el impresionable mozo, y comprendió que había precisión de animarle.

—¿No me esperabas? le preguntó.

—¿Yo?... sí... no, contestó balbuciente el andaluz, dudando si sería más discreto responder afirmativa ó negativamente á la pregunta de la máscara.

—No debías esperarme, continuó ésta, por que te he visto antes muy entretenido conversando con otras.

—Hablaban á D. Facundo, mi amigo.

—¡Oh! no tiene nada de particular que tú hablaras con ellas. Acaso entre ellas buscarías...

—A tí, se apresuró á decir Joaquín, ya completamente repuesto de la primera impresión.

—Eso es muy lisonjero para mí.

—Puedes creerme.

—Te creo. Tienes curiosidad de conocerme, y has venido con el deseo y acaso con la esperanza de lograrlo.

—Es verdad; pero no es sólo simple curiosidad...

—Sí, dale otro nombre si quieres, pero nunca será otra cosa. Por mi parte confieso que he venido con el deseo de verte y hablarte

—¡Ah! entonces puedo asegurar que, entre los hombres que hay en este baile, ninguno será esta noche tan dichoso como yo.

—He venido por que me recuerdas...

—¡Ah! lo había olvidado, por que te recuerdo al hombre á quien tanto has amado.

—Sí, no te mortifique mi franqueza. Cuando hallamos una persona que se parece en todo físicamente á otra muy querida que hemos perdido, es natural que aquella en quien vemos tan perfecta semejanza nos sea simpática y queramos acercarnos á ella, y conversar con ella, y conocer si también existe en las ideas y en los sentimientos el parecido que en lo físico.

—Sí, en efecto, comprendo ese deseo; pero en mí no hallarás esa semejanza moral, si el hombre que tanto se parecía á mí era, como supongo, un dechado de perfecciones.

—En efecto, lo era, y por eso yo le quise tanto.

—Tanto que ya no podrás querer á otro.

—Si es como él, sí.

—Luego ese hombre no existe...

—No, contestó la máscara con voz débil; no existe.

—¿Te entristeces?

—No, yo estoy triste siempre.

—Debía ser feliz un hombre que era objeto de tanto amor.

—Muy feliz era en efecto.

—¿Os veíais frecuentemente?

—Sí, todos los días: conversábamos mucho haciendo proyectos para el porvenir ó leíamos.

—¿Era acaso escritor?

—Lo quería ser, pero antes de emprender

obras propias quería estudiar las ajenas que podían enseñarle y servirle de modelo. Juntos leíamos las obras del tierno y dulce Fernán Caballero, las del sencillo y amable Antonio Trueba, las del profundo y docto Castro y Serrano, las de Hartzenbusch, inimitables en la corrección de estilo, en la pureza del lenguaje y en la noble y elevada intención; juntos gozábamos dulcísimo placer saboreando las incomparables poesías de Selgas... ¿No conoces tú á estos autores?

—¿Quién no conoce esos nombres?

—¿Has leído sus obras?

—Alguna.

—Yo, todas. Esos autores eran nuestros amigos.

—También lo serán míos.

—Y no podrías hallarlos mejores. Nunca te darán un mal consejo, nunca te ofrecerán dudas y desencantos, nunca harán vacilar tu fe, nunca te arrebatarán la esperanza, nunca, en fin, te engañarán.

—Mañana mismo adquiriré esas obras.

—Y no serán perdidas las horas que dediques á su lectura. Dime, ¿es muy amigo tuyo D. Facundo?...

—Mucho.

—Un hombre gastado, escéptico.

—¿Tú le conoces?

—Sí, como le conoce todo el mundo.

—Se le juzga con injusticia: D. Facundo es un hombre muy bueno, un noble corazón y un carácter franco y leal.

—Lo celebro, porque para los jóvenes como tú es funesta la amistad de esos hombres de avanzada edad que no tienen creencias y alardean de ser maestros de escándalos y despreocupación. Hablo como una vieja, ¿verdad?

—No, me hablas como una persona de muy buen sentido.

—Nuestra conversación va á terminar, amigo mío.

—¿Tan pronto?

—¿Te parece que hemos hablado poco?...

—No hemos hablado nada. Yo me proponía decirte muchas cosas si te hallaba en el baile.

—Puedo disponer ya de pocos momentos. Yo no debiera estar aquí.

—¿Te esperan?...

—No soy tan libre que pueda disponer del tiempo...

—¡Ah! ¿Quién eres? dime quién eres, dime dónde podré verte; pero sin ese velo que cubre siempre tu rostro.

—Perdona, pero todavía no tengo bastante confianza en tí.

—¿No? ¿Qué he de hacer para inspirártela?

—Ser discreto y esperar.

—¿Y cuánto tiempo durará esto?

—De tí depende.

—¿Y me prometes que te veré al fin?

—¡Oh! te lo juro,—si Dios quiere.

—¿Crees que podrás amarme?...

—Si fueras tan bueno, tan generoso, tan leal, tan digno, en fin, de ser amado como el que nunca olvido, te amaría; te aseguro que el día que descubra mi rostro, que llena de alegría estreche tu mano, y te diga;—Yo soy Soledad,—será para tí un día dichoso.

—¡Oh! ¡sí! pero...

—Parece extraño que yo te hable este lenguaje, ¿no es verdad?... Adiós...

—No me dejes aún.

Al decir estas palabras Joaquín, un caballero alto con barba negra muy crecida y anteojos se detuvo delante de la pareja, y después de mirar un momento al joven, cogió de la mano con cierta rudeza á la máscara y dijo con acento extranjero muy marcado:

—Ya es hora de que te halle. Vámonos.

—¡Caballero!... profirió Joaquín algo turbado y dudando qué actitud tomar en aquel imprevisto lance.

—Ni una palabra, por Dios, dijo á su oído la dama, que, soltándose del brazo de Joaquín, tomó el del caballero de la luenga barba.

Este lanzó al confundido galán una mirada de enojo y se dirigió con la máscara hacia la salida del salón.

Joaquín se quedó allí en medio inmóvil como

una estatua, llamando con su extraña actitud la atención de las máscaras que pasaban, y pocos momentos después habían formado corro y se reían á carcajadas contemplándole.

El mancebo no veía, no reparaba en nadie; tal era su aturdimiento.

—Es un sonámbulo, decía una máscara.

—Se conoce que le ha pasado algo grave, observaba otra.

—¿Quién es ella? le preguntaron dos traviesas tapadas gritándole al oído.

Y entonces volvió Joaquín de su estupor y miró ansioso de distinguir entre la concurrencia á D. Facundo, á quien no tardó mucho en ver.

Joaquín se abrió paso y corrió hacia donde estaba su amigo.

—¿Qué es eso? le preguntó éste, ¿está V. ya solo?...

—¡Lo que me ha sucedido!

—¿Hay aventura?...

—No sé qué pensar. Usted debe conocer á un caballero con barba negra muy poblada.

—Sí, D. Nicolás Rivero, muy amigo mío.

—No señor, no es éste; es un caballero alto.

—¡Ah! entonces será Ruiz Gómez.

—No señor; es un extranjero.

—Hombre, no sé...

—Estaba en el baile hace un momento y me ha insultado.

—¡Cáspita! ¿á V.?...

—El no me ha dicho nada...

—Entonces...

—Pero me ha mirado de una manera... así como con desprecio...

—¿Por qué?...

—Y á la máscara que iba honrándome apoyada en mi brazo se la ha llevado consigo casi violentamente.

—¡Hombre, eso es grave! Cuénteme V. detalles.

Joaquín refirió á D. Facundo su conversación con Soledad y le dió todas las señas que pudo recordar del caballero extranjero de la barba larga.

—Usted que conoce á todo el mundo, añadió, debe conocer á ese hombre. Yo quiero saber quién es... Así podré saber quién es ella; y acaso lograré tener una explicación con él.

—¿Y si es su marido?

—Imposible, ella no puede estar casada.

—¿Se lo ha dicho á V.?

—No, pero..

—Puede, sin ser su marido, tener ciertos derechos.

—¡Oh! calle V., por Dios esa mujer no es una aventurera.

—Tiene V. muy poca experiencia, amigo mío; hay en la sociedad aventureras que tienen toda la apariencia de dignísimas señoras.

—¡Oh! no es posible, no lo puedo creer. No

puede ser ni una aventurera ni una mujer casada.

—Pues entonces, ¿cómo se explica V. la acción del señor de la barba que la arrastra consigo con tan pocos miramientos, y cómo se explica V. también el interés que ella puso en que usted no replicara, en que no provocase un lance con él?

—Es verdad, hay para volverse loco.

—¡Qué disparate! volverse loco y por una mujer á quien no ha visto V. siquiera.

—Discurra V., amigo mío... ¿No conoce V. á ninguna persona de esas señas?

—Espere V., hay un banquero belga, M. Vanberbasse, que está casado con una española.

—¿Tiene barbas?...

—Ella no, pero el sí, y anteojos; mas si dice usted que ella no puede ser casada...

—¡Oh! ya no aseguro nada, pero sería para mí un golpe cruel saber que esa mujer es casada.

—O que no es casada y es...

—Vámonos, D. Facundo, necesito aire, estoy aturdido. La despreciativa mirada de ese hombre no se me olvidará nunca.

—No se nos ha ocurrido la explicación más sencilla y verosímil respecto de ese hombre.

—¿Cuál?...

—Será padre de la desconocida.

—Acaso.

—Y en ese caso no está justificada la aversión que noto en V. hacia ese hombre. ¿Sabe V. las razones que tendrá para ver con disgusto á su hija departiendo con un galán?...

—Es verdad; si es su padre le debo consideración y respeto.

—¿Qué padre conozco yo en Madrid con barba crecida y anteojos?... se preguntó D. Facundo, reflexionando como si procurase recordar. Ahora caigo... Sí, él debe ser... tiene una hija hermosísima... un poco novelesca.

—¿Quién?... Dígame V. quién es ese hombre...

—El marqués de la Violeta, hombre de severísimos principios, de origen italiano, modesto y digno en su trato, persona apreciablesísima. Aquí le he visto esta noche.

—Tiene una fisonomía dura.

—Sí, su aspecto es acaso demasiado severo, pero es de un carácter bellísimo, compasivo con los pobres, de quienes es generoso protector, sencillo en sus costumbres y extremado en sus aficiones literarias; baste decir á V. que posee todas las ediciones del *Quijote* que se han hecho en el mundo.

—Y de su hija, ¿qué sabe V.?...

—La conozco poco; su padre no la lleva á los salones; verdad es que él tampoco los frecuenta. La he visto dos ó tres veces con él en el paseo ó en el teatro.

—¿Dónde vive?...

—En su palacio de la Fuente Castellana.

—¿Es viudo?...

—Sí; su mujer, una excelente señora, murió hace cinco años.

—¿Pero será ese marqués la persona que ha separado de mi lado esta noche á mi adorable desconocida?...

—Esa es la cuestión. Hay indicios probabilísimos de que sea. En primer lugar yo lo he visto en el salón, y las señas que V. me da corresponden exactamente á su figura. La persona á quien tan humilde ha obedecido la máscara que había elegido á V. por caballero tiene que ser forzosamente su padre, ó su esposo, ó su hermano, ó su amante, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Su esposo no quiere V. que sea, porque si lo fuera, ella sería una mujer indigna... y V. rechaza esta suposición.

—Absolutamente; ella es una dignísima mujer, no tengo duda.

—Tampoco admite V. que sea su amante, porque en este caso también hay que formar de ella desventajoso concepto.

—Tampoco; es imposible.

—¿Sospecha V. que sea su hermano?...

—No; es hombre ya de edad avanzada...

—Es que tampoco sabe V. la edad que tiene ella.

—¡Oh! es joven, lo adivino.

—Pues resulta que es su padre, y, por consiguiente, que debe ser el mismísimo marqués de la Violeta á quien hace poco más de una hora he saludado en este salón. Y ahora recuerdo que parecía preocupado... Acaso buscaba ya á su hija.

—¿Y la otra máscara... la que tomó el brazo de usted?...

—Se separó de mí poco después.

—¿Y no la conoció V.?...

—No, ni ella me conocía mucho á mí.

Y con esto salieron del baile D. Facundo y Joaquín.

El día siguiente Joaquín dió un gran paseo en cortísimo trecho, como que estuvo muchas horas paseando por delante del palacio del marqués de la Violeta, en la Fuente Castellana, pero no se abrió ventana alguna, ni salió del edificio persona que tuviera semejanza con el caballero de la barba larga. El día estaba lluvioso y no era el más á propósito para paseo; por lo que á las cinco de la tarde supuso nuestro enamorado que ya no saldrían el Marqués ni su hija, y se alejó, esperando ser más dichoso otro día.

No habían pasado veinticuatro horas aun cuando volvió Joaquín á contemplar el palacio, que halló mucho más cerrado que el día anterior. La puerra de entrada del edificio, la verja, las ventanas, todo estaba cerrado. Parecía un

palacio deshabitado. Joaquín se acercó, dió la vuelta alrededor de la verja, y observó que las ventanas altas y bajas de las otras tres fachadas estaban igualmente cerradas. Ya se iba á retirar cuando vió salir de las cocheras á un mozo que debía ser lacayo ó cosa así; el mozo se acercó á la verja.

—¿Por quién preguntaba V.?... preguntó á Joaquín.

—Yo no preguntaba por nadie, contestó éste.

—Podía V. preguntar... y como los señores se han ido...

—¿Se han ido?...

—Sí, señor, á Francia ó no sé adónde.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—¿A qué hora?

—¡Toma! á las seis y media, en el tren.

—Gracias.

—Estimando.

XII

Donde menos se piensa se encuentra un lance.

Joaquín no podía consolarse de la pena que le producía la idea de que por él habría tenido un gravísimo disgusto la hija del Marqués de la Violeta, por que ya juzgaba cosa averiguada que su encantadora desconocida era la hija del citado marqués, quien, sorprendiéndola en el baile de máscaras, apoyada en el brazo de un galán y en animada conversación con él, había dispuesto alejarla de Madrid, persuadido ciertamente de que ausencias causan olvido.

—No, se decía Joaquín, no me olvidará, el amor contrariado crece, aumenta, se afirma, se robustece. Ese hombre se opone á que su hija tenga amores... no le quiero ofender no... él lo hace con la mejor intención, por que acaso cree que así evita á su hija muchas penas, por que no encuentra digno de ella á ningún hombre... Un padre siempre quiere el bien de sus hijos: algunas veces se equivoca, pero siempre es con deseo de acertar... Sin embargo, ese padre debía

tener completa confianza en su hija, por que ésta es discretísima, juiciosa como ninguna... Su lenguaje en la breve conversación que tuvimos en el baile revela claramente su instrucción, su cultura, su delicadeza, su elevación de ideas. ¿Quién sabe si ese padre tendrá algunos motivos para no querer que su hija se case?... Puede haber sido mal administrador de la fortuna de su hija. ¡Qué disparate! ¿por dónde sé yo que la fortuna es de su hija y no suya?... ¡Si me escribiera!... Sería capaz de ir adonde esté... Tengo seguridad de que me escribirá.

Pasaron ocho días y Joaquín no recibió la carta con tanta ansia esperada.

Conviene decir que, siguiendo el consejo de la incomparable Soledad, compró Joaquín todas las obras de Fernán Caballero, de Hartzenbusch, de Trueba, de Castro y Serrano y de Selgas, y se dedicó á su lectura con verdadera afición, deseoso de hallar en ellas todas las bellezas que Soledad tanto le había encarecido. Y tan notables le parecieron, que con el alma agradecida bendijo á la discreta consejera. Algunas había leído él ya de aquellas obras, pero con indiferencia, sin gran interés, por mero pasatiempo. Leyéndolas todas con atención y cariño no pudo menos de formar todavía más ventajoso concepto de Soledad, por que mujer que tan exactamente había sabido juzgar las obras de aquellos insignes escritores, que tan exqui-

sito gusto manifestaba en materias literarias, no podía ser una mujer vulgar; era, por el contrario, persona de clarísimo ingenio y excelente criterio.

A los quince días Joaquín recibió una carta de Soledad.

No tenía fecha ni indicación del lugar donde había sido escrita, pero en el sello de la administración de correos se leía claramente *Pau*.

Decía así:

«Amigo mío: escribo á V. únicamente para que sepa que no le olvido. ¡Cuándo seguiremos nuestra interrumpida conversación! Dispense usted á la persona que nos separó un poco bruscamente; puedo asegurarle que esta persona no le tiene á V. mala voluntad. Cuando pueda, desde aquí ó desde otra parte, escribiré á V. su amiga,

SOLEDA D.»

Tentado estuvo el bueno de Joaquín de *tomar* el ferrocarril y no parar hasta descubrir en Pau á la hija del Marqués de la Violeta; pero consultado el caso con D. Facundo, que era el confidente de sus inocentísimos amores, juzgó éste que sería notoria imprudencia ir á sorprender á la discretísima encubierta.

—Y después de todo, ¿no podría suceder que ya no estuviese allí cuando V. llegara?

—Es verdad.

—Y si está, es seguro que en cuanto el padre

tuviera noticia de que V. conocía su residencia, se apresuraría á llevar á su hija á otra parte. Lo mejor es que V. no se mueva de Madrid y espere.

—Tengo una impaciencia por conocer á esa mujer...

—¿No teme V. un desengaño?

—No; tengo la convicción de que esa peregrina criatura es la que Dios ha destinado para mí.

—Á la edad de V. creía yo destinadas para mí todas las mujeres que veía, hasta las que estaban casadas con otros. Lo que es preciso es que no se preocupe V. de esa mujer, de la cual, en resumidas cuentas, no sabe V. nada, porque no sabe V. si es joven ó vieja, hermosa ú horrible, ni si es hija del Marqués de la Violeta...

—Usted lo ha dicho.

—Poco á poco; yo he dicho que, por las señas que V. me ha dado, puede ser que sea la hija de ese Marqués; pero esto no pasa de ser una conjetura.

—Es sin duda; el Marqués y su hija salieron de Madrid el día siguiente al del baile.

—Y ya se figura V. que el Marqués echó á correr para sustraer á su hija al apasionado amor de V.

* —Usted se burla de mí.

—No es burla, es broma únicamente. En fin, amigo mío, lo mejor que puede V. hacer es es-

perar que la desconocida quiera darse á conocer y no forjar muchas ilusiones, que luego pudieran quedar en un momento desvanecidas. Esta noche vamos á ir á una gran *soirée*.

—¿Adónde?

—A casa de la Marquesa de la Retama.

—He oído hablar mucho de esa señora.

—No es raro; esa señora es por todos conceptos digna de eterna fama.

—Y en los periódicos he leído mucho su nombre.

—La prensa, en efecto, le ha hecho una asombrosa reputación.

—¿Es muy rica?

—Sí, señor, muy rica, tanto como su marido, que tiene su domicilio en Francia, si bien todos los años hace alguna breve aparición por el Casino de Madrid, y después de dar un banquete á sus íntimos y recoger de su administrador algunos fondos, se vuelve á su delicioso cuarto de soltero en la *rue Saint Honoré*. Él y su mujer, cada cual por su lado, se gastan espléndidamente el dinero; no tienen hijos, y no quieren dejar mucho á sus parientes lejanos. Prefieren sostener una corte de estómagos agradecidos y vivir halagados, adulados por todo el mundo elegante.

—¿Están separados los esposos?

—Sí, señor, separados amigablemente; entre ellos no ha ocurrido el más leve disgusto; vieron

que no se amaban lo bastante para vivir como dos tortolitos, y convinieron en recobrar su *autonomía*, como ahora se dice en el lenguaje del progreso indefinido. Ella reúne en sus salones de Madrid á la flor y nata del buen tono, y él se divierte á sus anchas en París.

—Pero la gente, ¿qué dice?

—¿Qué ha de decir la gente? Nada. A ella nadie la pregunta por su marido, y á éste no le pregunta nadie por su mujer.

—Sin embargo, es un escándalo...

—¿Escándalo?... No señor; en el progreso, indefinido también, de nuestras costumbres, ni eso ni mucho más escandaliza á nadie. Esta noche vamos á casa de la Marquesa, y allí verá usted señoras casadas con hombres de elevada posición, respetables si se quiere; verá V. doncellas tiernecitas á quienes sus madres consideran muy honradas siendo admitidas en casa tan principal; verá V., en fin, todo lo más lucido de Madrid rindiendo tributo de admiración á la dueña de la casa.

—Mi pobre madre se asombraría de esto.

—Su madre de V. no conoce nuestra sociedad; será sin duda de las que rezan el rosario todas las noches.

—Sí señor; todas las noches lo rezaba cuando yo estaba en casa, y no hace muchos años que la acompañábamos yo y todos los criados de la casa.

—Ahora ya no la acompañarán en esa devoción los criados, porque también éstos han entrado en el progreso indefinido.

—En efecto; poco á poco han ido prescindiendo de esa costumbre.

—Yo no soy mojigato, y confieso á V. que tampoco rezo el rosario; pero, amigo, no puedo menos de notar que en los tiempos en que se rezaba el rosario se vivía más tranquilamente y con menos cuidados; puede que no se supiera tanto como se sabe ahora; pero no se sabía tampoco tanto malo, y teníamos más salud y más alegría, que es también salud; todo el mundo ganaba menos, y había, sin embargo, más dinero; el que trabajaba, trabajaba contento y no aborrecía la mano que le daba el trabajo y el pan; no se hablaba de *igualdad* y la había; no había tanta filantropía, bien que había más caridad. Pero dispense V. si estoy haciendo el oficio del diablo predicador, porque yo, á semejanza de otros muchos, me duelo de los males presentes, sin considerar que á mí también, como á todos, me toca en ellos alguna responsabilidad... Quedamos en que esta noche será V. presentado en casa de la Marquesa de la Retama, á quien ya he pedido la venia correspondiente, que me la ha otorgado con su acostumbrada amabilidad. Se le espera á V. con verdadera impaciencia, porque yo he hecho de V. los elogios que merece, y estoy seguro de que si allí quiere

usted buscar un corazón amante, no le ha de ser difícil encontrarlo.

—¡Oh! ¡no! he de ser fiel á Soledad.

—Pero si no sabe V. si Soledad le ama.

—No importa; puede ser que un día me ame.

—Puede ser.

.....
Delante de la puerta de la casa de la Marquesa había gran concurso de papanatas sin cansarse de mirar al portal lleno de flores, lleno de luces y lleno de criados de frac y guante blanco, que en correcta formación eran como guardia de honor para recibir á las personas invitadas.

El pueblo soberano solazábase viendo todo aquel rumbo, y hacía allá sus comentarios con más donaire que mala intención.

—¡Anda, anda!—decía una moza de pañuelo á la cabeza, que se le caía (el pañuelo, no la cabeza), y el vestido arrastrando que parecía que se le caía también, y mantón caído,—¡echa lujo!... y ¡qué escotadas que vienen las indinas enseñando los hombros y la espalda!... Si yo me pusiera así desnuda, y fuera, pongo por caso, en esa disposición á la buñolería, puede que me diera mi hombre una tollina que no se me olvidara.

—Repara la color que trae esa señora.

—¡Jesús! parece la muñeca que da vueltas en el escaparate de la peluquería. Buen pintor será el que tenga ajustado para que la ponga de esa conformidad.

—Oye tú, Gabriel, ahí tienes á D. Ricardo...

—¿Quién?

—Ese que ha bajado del coche.

—¡Valiente!... estoy por ir á decirle si se acuerda de cuando hace seis años nos daba la mano todas las noches en la taberna de la calle de la Pingarrona (1).

—Es que entonces era un conspirador y ahora ya es ministro.

—Y nosotros que nos batimos...

—¡Toma! lo de siempre; trabajamos para él y otros que ahora ya no nos conocen.

—Mira, mira quien entra.

—Es González.

—Sí, el presidente de nuestro club.

—¿También ese?

—¡Hombre! es claro; al cabo es un señorito.

—¡Y luego dice horrores de los ricos!...

—A ver si así logra él serlo.

—Chico, veo que somos unos tontos.

—De capirote.

—Diga V., buena mujer, pregunta una viejezuela á la del mantón caído, ¿dan algo en esa casa?

—Puede; entre V. á preguntar.

—Pero ¿V. sabe si dan?

—Sí señora, un baile.

(1) Aunque parecerá extraño, había en Madrid una calle con ese ridículo nombre.

—¡Jesús! ¡Cuánto más valía que nos dieran á los pobres!... Después de estar pidiendo todo el día en las Cuarenta Horas, he sacado hoy nueve reales tristes.

—Pues oiga V., yo, echando el alma cosiendo un chaleco, no he sacado tanto.

—¡Ay, D. Facundo! exclamó una mujer que tenía en los brazos un niño, viendo llegar á nuestro amigo con Joaquín. Vaya V. con Dios, don Facundo, añadió gritando.

Don Facundo miró al grupo de espectadores y vió á la mujer que con la mano le saludaba.

—Adiós, mujer, le dijo, y entró en la casa con el andaluz.

—¡Calle! ¿También V. conoce á la grandeza?... preguntó la del mantón á la que había saludado á D. Facundo.

—Ya lo creo que conozco á D. Facundo y á mucha honra, que es tan bueno como el pan.

—¿Un señorito bueno?...

—¿Pues qué le ha hecho á V. ese individuo? aunque sea mal preguntado.

—Me ha hecho muchos favores. Y á mi marido también, y á mi niño.

—Diga V., ¿y á su abuelo de V., no le ha hecho ningún favor?...

—No señora, porque no le ha conocido.

—Y oiga V., ¿á mí no me haría algún favor ese sujeto?...

—Si V. tuviera verdadera necesidad también le haría favor.

—¡Vaya, hija, que encuentran ustedes unas gangas. Yo nunca he dado con un caballero, que así por mi linda cara, me dé dos cuartos. Es verdad, que como una no tiene cara para pedir...

—Oiga V., á V. no le consta si yo pido ó dejo de pedir.

—Digo yo que le habrá V. pedido á ese don... ¿cómo ha dicho V. que se llama?... D. Segundo, ó D. Profundo?...

—Vaya, V. tiene muchas ganas de hablar.

—Se me ha olvidado pedirle á V. permiso para hablar. Pues hija, me ha chocado que una pobre como usted tenga así tanta intimidad con un señor que será si á mano viene, marqués ó cosa por el estilo.

—No es marqués, pero vale tanto como el primero.

—Vamos será algún carlista, y por eso la favorece á V., que en toda la calle se corre que usted es una carlistona, que me río yo.

—¡Jesús, hija! Es V. capaz de comprometer á un santo.

—Yo no trato con los santos, eso V.

—Vaya, lo mejor será callar.

—Quien tenga por qué sí que debe callar.

—Yo no tengo por qué callar.

—Pues mire V. que yo...

—Usted me está provocando sin motivo, que yo no me he metido con V. para nada

—No señora, pero ha venido V. aquí á darse tono saludando á ese señor.

—Yo le he saludado porque le conozco.

—Y porque le ha hecho á V. favores. ¡Valiente tío será ese señorón!

Y no acabaría nunca esta reyerta, si la conocida de D. Facundo, más prudente que la del mantón, no tomase el partido de echar por la calle abajo, sin hacer caso ya de las palabrotas que le dirigía aquélla, deseosa de mortificarla.

—Hasta que la pegue cuatro bofetadas á ésa no estoy contenta, dice la del mantón cuando la pobre mujer ha desaparecido.

—Pues no la tiene V. poca tirria, observa otra.

—Señora, mis motivos tendré, digo, me parece á mí. Sobre que esa mujer se ha casado con quien estaba comprometido conmigo, y no se casó conmigo por chismes y cuentos que hubo, ya ve V. si me dará á mi gusto ver á esa sujeta... pero si no ha sido hoy, otro día será, que todas las noches nos encontramos, y no ha nacido la que se ha de reir de mí.

—Pero si el hombre la quiso, ¿qué culpa tiene la mujer?... Las señoras ¿á qué estamos?...

—Vaya, señora, á V. nadie le ha preguntado los años que tiene.

Y aquí comienza otra nueva cuestión, que



agriándose notablemente, produce al fin una riña entre las dos mujeres, con gran contento de la del mantón, que tenía ganas de agarrarse con alguien y que lleva la mejor parte en la refriega, bien que pierde el mantón que, acabando de caer, desaparece del suelo instantáneamente, como que desde el comienzo de la pelea le tiene echado el ojo, esperando la ocasión propicia de echarle la mano, la viejezuela que se quejaba de no haber sacado más que nueve reales, pidiendo en las Cuarenta Horas.

• • • • •
La Marquesa de la Retama ha recibido á Joaquín con tal amabilidad, con tanta gracia y distinción, que el andaluz no ha podido menos de juzgarla favorablemente, aunque iba un tanto prevenido contra ella por haber sabido que vivía separada de su marido. Le ha parecido una señora agradabilísima, sumamente discreta, sencilla, sin afectación; en fin una mujer encantadora. Ella misma le presenta á las más distinguidas damas y á las más bellas señoritas, que todas le sonríen amabilísimamente, y es que Joaquín tiene ya en todas partes una gran fama de rico, que es la que más se envidia, y con la riqueza todo el mundo es amable. ¿Qué joven casadera, recibe indiferente á un mancebo gallardo y simpático, que tiene además la gallardía de un capital enorme?... ¿Qué madre de niña en estado de merecer pone la cara fosca á joven de

tales prendas?... ¿Qué viuda de buen ver no se deleita conversando con un galán, que es el tipo opuesto del perdido esposo, que era viejo ó siempre estuvo enclenque y lleno de enojos y de alifafes, y no dejó á su muerte más que lo preciso para que su mujer no se muera de hambre?...

Joaquín tuvo que bailar, porque la dueña de la casa se lo rogó con encarecimiento, y hasta le buscó pareja. Esta era una sobrina de la Marquesa, linda rubia, de simpático y dulce aspecto, que en verdad le pareció á Joaquín sumamente modesta, tímida y delicada.

Dijo el joven á la doncella algunas galante-rías de buen gusto, que la niña oyó con visible agrado, y á los quince minutos animábale ella misma, contestándole con tanta precisión y oportunidad, que ya no le pareció tan tímida como antes; por el contrario, más bien parecía que la muchacha le quería poner en el apuro de hacer una declaración en regla, cosa á que se resistía bizarramente nuestro andaluz; pero ella no se daba por vencida, y volvía otra vez á llevar insidiosamente la conversación, con mucho ingenio por cierto, á punto en que no había otra respuesta que la que esperaba, sin duda, arrancar al que juzgaba inexperto doncel. Cuando Joaquín se separó de ella, quedóse la taimada rubia visiblemente contrariada, considerando que el mozo era ó muy tonto ó muy ladino.

No juzguemos mal, sin embargo, á la sobrina de la Marquesa: su tía le había dicho que aquel joven era un excelente partido para ella que no tenía fortuna, y la había aconsejado que procurase atraerlo; la muchacha había seguido el consejo; era natural que quisiera casarse y casarse bien.

Acercóse luego á otras lindas jóvenes, y en todas encontró la más favorable acogida, y en todas creyó advertir decidida tendencia á conquistarle, digámoslo así, como si todas estuvieran persuadidas de que el mozo era buenísima proporción para una joven casadera. Y con alguna que ya no le faltarían tres para los treinta años, hubo de cortar pronto nuestro andaluz la conversación, temeroso de que la insinuante doncella acabase por hacerle una declaración que le hubiera puesto en notable apuro.

Pero aun fué mayor su asombro hablando con algunas señoras casadas, cuya conversación no era en verdad la que convenía á mujeres que ya tenían dueño. Parecía que hallaban gran placer en oír galanterías, como si estuvieran en estado de merecer; esponjábanse muy ufanas de que se celebrasen sus hechizos, y Joaquín pensaba que si él tuviese mujer no se holgaría mucho de que fuera cortada por el mismo patrón que aquellas damas, á las cuales, en verdad, ningún motivo tenía para considerarlas livianas, pero bastábale lo que había podido observar, para juzgarlas li-

geras y superficiales, carácter que no es el propio de esposas y madres.

Don Facundo se acercó á Joaquín en un momento en que éste se hallaba solo.

—Muy favorecido le he visto á V. de las damas, le dijo.

—Mucho, sí señor, más que merezco; todas esas señoras son muy amables, y aun algunas me parecen demasiado amables.

—¿Demasiado?

—Sí, señor, y saben más que yo.

—Eso lo creo sin dificultad. Las mujeres son ya muy ilustradas. Figúrese V. que hasta entre las de la clase trabajadora las hay que echan cada discursazo sobre alta política, ni más ni menos que un diputado.

—Advierto que hay aquí muchas señoras casadas que no han venido con sus maridos.

—Vendrán á última hora, ó no vendrán. Los unos estarán haciendo política por ahí en los diversos círculos ó aquellarres donde se trabaja esa industria; los otros estarán en el teatro viendo á otras mujeres que les llamen más la atención que las suyas; alguno estará á estas horas perdiendo en el juego la dote de su mujer; y otro puede ser que se halle enamorando á alguna pobre joven incauta, que le cree soltero, y ya se figura que va á casarse con él cualquier día...

—Pero, D. Facundo, ¿que idea tiene V. de la sociedad?

—Amigo mío, una idea bastante cierta y fundada, por desdicha. La hipocresía, el descaro, la farsa, el engaño; he aquí los cuatro elementos que forman la deleznable urdimbre, digámoslo así, de nuestra sociedad. Y en medio de todo esto, una indiferencia desconsoladora. Seguimos, en lo malo solamente, que todo ese tino tenemos, las huellas de Francia. Como ella tendremos al fin y al cabo el castigo; pero el nuestro será mayor, nuestra caída será más desastrosa, y nuestra rehabilitación más laboriosa y difícil.

—Usted debía ser diputado.

—No haría efecto; mis colegas, cuando yo hablase, se reirían ó se dormirían ó me dejarían hablar solo.

Paseando por los salones, mientras en el principal se bailaba una tanda de lanceros dirigidos por cierto marqués, extremado en la habilidad de inventar figuras ingeniosas, llegaron D. Facundo y Joaquín á una salita donde había otros caballeros fumando los excelentes vegueros que la Marquesa tenía para los amigos, porque ella no fumaba.

Joaquín oyó nombrar al Marqués de la Violeta; el mismo á quien suponía padre de su simpática encubierta.

—Ya se ha ido el original Marqués de la Violeta, decía uno de los caballeros.

—Sí, ya se ha llevado á su hija para que no

la veamos. Yo no sé qué diablo de tipo quiere ese hombre para su hija.

—Es un hombre intratable.

—Y ella también.

—¡Oh! ella es una alhaja. ¡Digo! lo menos tiene treinta mil duros de renta. Me parece que esta circunstancia la sublima.

—Rica y hermosa. Lástima que sea inabordable.

—Guapa sí es, pero tan gazmoña...

—Y tonta.

—En eso se parece al padre, que lo es de caprote.

—Nunca lo será tanto como V., dijo el bueno de Joaquín sin poderse contener.

—¡Eh! exclamaron los caballeros que hablaban del Marqués y su hija.

D. Facundo quiso llevarse de allí á Joaquín, pero ya los habían rodeado los demás, y el que había sido tan dura pero tan acertadamente calificado por el joven, pedía á éste explicación de sus palabras.

—Señor mío, contestó Joaquín, confieso á usted que mi calificación ha sido bastante dura, pero ¿qué le hemos de hacer? ya está dicho. No tengo el honor de conocer al Marqués de la Violeta de quien V. hablaba con tan pocos miramientos... pero, sin conocerle, estimo que ha de ser persona que merece toda la consideración que V. le niega.

—Caballero, dos amigos míos se entenderán con dos de V.

—Como V. guste. ¿Esto es un duelo?...

—Me parece que hay motivo.

—Bien, si V. lo cree así... Mi amigo D. Facundo se entenderá con quien V. se sirva indicar.

—Yo no puedo consentir, observó D. Facundo.

—Basta, amigo mío, no sea que se note este incidente, dijo el andaluz. Póngase V. de acuerdo con esos señores, y no se hable más del asunto.

Joaquín se dirigió al salón de baile, y allí esperó á D. Facundo, que poco después se le reunió y le dijo:

—El lance será mañana á las doce.

—Bien, un poco tarde me parece.

—Ha sido una imprudencia la de V. ¡Ir á batiirse por una persona á quien no conoce!

—Amigo mío, yo no sé cómo fué, no me pude contener.

—Eso sí, ha calificado V. á ese títere como merece.

—¿Quién es él?... ¿Cómo se llama?...

—Juanito Pérez, un infeliz, gran conquistador de mujeres, que hasta ahora no ha conquistado más que á la Baronesa del Trinquete, una vieja muy enamoradiza, con quien se casará al fin ganoso de heredarla. Tiene sus puntos de político, algo de tahir y mucho de presumido y petulante. Si le mata V. no se pierde nada.

—Dios me libre.

—¡Hombre! pues un duelo es para eso. Y hemos convenido en que el duelo sea á muerte.

—¿A muerte?... repitió como espantado Joaquín.

—No, si V. no quiere...

—Lo que V. haya hecho bien hecho está; pero confieso á V...

—Amigo mío, añadió D. Facundo, no oculte usted sus sentimientos, que son nobles y elevados.

—Confieso á V. que la idea de un duelo... me hace mal. No es cobardía.

—¡Oh! ¿cómo había de suponer en V. cobardía?... pero le repugna á V. esa costumbre, ese escándalo.

—¡Yo matar á un hombre!... Jamás.

—¿Va V. á dejarse matar?

—No sé... pero lo preferiría... bien que... mi pobre madre... añadió Joaquín con inefable acento de ternura que conmovió á D. Facundo.

—Es V. un buen hijo y un hombre digno, le dijo estrechándole la mano. No se preocupe usted de ese lance.

Joaquín no podía hacer lo que le aconsejaba D. Facundo. Era aquél el primer lance en que se hallaba empeñado, cuando menos lo imaginaba, y la idea de que podía morir le mortificaba, no por él, aunque á su edad no se renuncia gustosamente á la vida, sino por su madre, por su bendita madre; y por otra parte, parecíale

que era una acción noble ir á batirse por no haber dejado pasar sin correctivo una frase imprudente, que era una injuria para el padre de la que él juzgaba su misteriosa amada y para ésta misma. Pero, pensando en esto, asaltábale el temor de que si el lance se divulgaba, podría ser su acción en desprestigio de la hija del Marqués, por que se le supondría acaso amante de ésta, ó tal vez, si esto no se creía, se presumiría que su deseo había sido comprometerla dando aquel escándalo, y si ella también admitía esta suposición, entonces ya no le volvería á escribir ni le cumpliría la palabra que le había dado de que se daría á conocer. Todos estos pensamientos le llenaban de confusión.—Me he metido en un mal paso, pensaba.

Terminada la fiesta de la Marquesa de la Retama se retiraron D. Facundo y Joaquín, y éste, grandemente preocupado, no habló una palabra en todo el camino.

Y no durmió en toda la noche; escribió, por si moría, á su madre una carta tiernísima, pidiéndole perdón humildemente y oraciones para que Dios le perdonara; escribió á Soledad explicándole el suceso; escribió á doña Salvadora; escribió al bueno del canónigo, y al excelente médico de Osuna, pidiéndoles que consolasen á su madre, y cuando el día empezaba á clarear se levantó, después de haber puesto en un sobre grande todas las cartas para entregarlas á don

Facundo, y pensó que, puesto que en peligro de muerte se hallaba, debía ir á confesarse.

—Pero no, no puedo, exclamó, ¿cómo voy á confesarme para ir á cometer crimen?... No podría decir al sacerdote precisamente el mayor de mis pecados, no podría decirle que voy á un duelo, porque no podría absolverme... Y lloró, y pensó en no batirse... pero desechó este pensamiento, porque aquella alma buena, aun siendo tan buena, estaba contaminada del amor propio...

Llegaron al sitio del desafío los combatientes y sus padrinos. Don Facundo cargó las pistolas con singular destreza.

Sacóse á la suerte el nombre del que había de tirar primero, y la suerte favoreció al adversario de Joaquín.

Este se colocó sereno, sin jactancia, inmóvil, á veinte pasos del maldiciente, que trató de asegurarle, apuntándole. Disparó y Joaquín no se movió.

Tocóle á Joaquín, que levantó la pistola, sin apuntar á su adversario, y disparó al aire.

—¿Adónde han ido las balas?... preguntó uno de los padrinos.

—Búsquelas V. por ahí, contestó D. Facundo imperturbable. Y volvió á cargar las pistolas con la misma destreza que antes.

Según lo estipulado, el adversario de Joaquín avanzó diez pasos, apuntó y disparó.

Y Joaquín sin moverse.

—Basta, dijo D. Facundo, el honor está satisfecho. Mi amigo y apadrinado Joaquín ha demostrado su serenidad, su valor y su nobleza, y Juanito ha demostrado ya su mala intención. Se acabó el desafío.

—Señor D. Facundo, esa broma..., dijo uno de los padrinos del otro.

—No es broma, hombre; esto se acabó, y si alguien quiere que continúe, yo estoy dispuesto á batirme á sablazo limpio con todos. El desafío es una barbaridad, y me congratulo de que en éste no haya ocurrido ninguna desgracia, por mi previsión.

—¿Cómo?...

—Ustedes me han visto cargar las pistolas, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y meter las balas?...

—Sí, señor, dijeron los otros padrinos.

—Pues ahora van ustedes á verlo otra vez.

Y cogió las pistolas y empezó á cargarlas.

—¿Ven ustedes cómo meto las balas?

—Sí, señor.

—Pues ven ustedes lo que no es, porque las balas están aquí, y se las sacó de dentro de la manga de la camisa juntamente con las otras cuatro que antes había escamoteado cuando parecía que las introducía en las armas.

—Esto es, añadió, que como sé tantas cosas,

también sé bastante de escamoteo y prestidigitación. Y ahora debo decir á ustedes, bajo palabra de honor, que mi apadrinado no sabía ni podía sospechar mi estratagema. Y si alguno lo duda, estoy dispuesto á convencerle á sablazos.

Nadie lo dudó. Todos sabían que D. Facundo era hombre de honor.

—Esto se acabó, repitió D. Facundo; Joaquín perdona á su enemigo sus malas intenciones, y vámonos á almorzar.

Joaquín no sabía qué actitud tomar en aquel lance imprevisto, pero D. Facundo cogió de la mano á Juanito Pérez, y llevándole adonde estaba aquél, dijo con su jovialidad de siempre:

—Amigo Joaquín, aquí tiene V. á su enemigo dispuesto á confesar que es una ligereza calificar de tonto á un padre que guarda á su hija, y aquí tiene V., añadió, dirigiéndose á Juanito, á su adversario propicio también á reconocer que anduvo algo ligero al llamarle á V. tonto, porque la verdad es que, no conociéndole á V. ni de oídas, él no podía saber si V. era más tonto ó menos tonto que el Marqués. Y dándose ustedes las manos, vámonos á almorzar, como es costumbre después de estos casos, y para satisfacción de propios y extraños, extenderemos la correspondiente acta del duelo y del almuerzo. ¿Se aprueba?

Joaquín dió la mano al que le había querido matar, y todos convinieron en que D. Facundo había obrado cuerdamente haciendo aquel simulacro de duelo, puesto que no había motivo para matarse por tan fútil motivo.

XIII

El Marqués y su hija.

En un precioso hotel situado en el mejor sitio del pintoresco y precioso camino que desde Bayona conduce á Biarritz, pasaban una gran parte del año el Marqués de la Violeta y su hija, la incomparable Soledad. El Marqués gustaba mucho de aquel delicioso retiro, sobre todo desde que los acontecimientos políticos hacían muy poco agradable para él la vida en Madrid. Estos acontecimientos excitaban extraordinariamente su bilis, y reconociéndose impotente para torcer la marcha de las cosas públicas, prefería estar lejos del teatro de los sucesos... Era, pues, el Marqués, aunque hombre de bien, y amante de España, un poquito egoísta, como tantos otros indiferentes que hubieran podido hacer mucho por la patria y han preferido esperar cruzados de brazos que la revolución recorra todo su camino, comprometiendo gravemente la paz pública y haciendo retroceder á España á sus peores tiempos, bien que la revolución se haga á

nombre del progreso,—¡singular progreso en verdad!...—que ha provocado una sangrienta guerra civil, y que sumirá en la miseria al país entero. Pero doblemos la hoja.

El Marqués era muy feliz en su hogar; tenía una hija adorada, el más acabado modelo de virtudes y perfección. Dios se había complacido en dotar á aquella criatura de todos los dones más dignos de admiración y envidia. Era hermosa como un ángel y buena como una santa, y perdónesenos la comparación. Humilde, modesta, siendo inmensamente rica, gastaba muy poco en el atavío de su persona; pero daba á los pobres mucho más de lo que habría podido gastar en galas y joyas, si hubiera sido aficionada á estos adornos que hacen á las feas más feas, y no hacen más bellas á las que lo son. Pero nadie sabía que daba tanto á los pobres, ni éstos mismos, que recibían el beneficio y nunca veían la mano caritativa que se lo ofrecía. Únicamente lo sabía quien tenía derecho á saber todas sus acciones y sus pensamientos: su padre.

¿Cómo no había de considerarse éste el más dichoso de los hombres? En su matrimonio no lo había sido mucho, porque su mujer, siendo una señora muy estimable, tenía un carácter enteramente opuesto al de su compañero. Muerta la Marquesa prematuramente, consagróse el viudo al cuidado de su hija, y la educó tan acertadamente, que con razón podía estar el ventu-

roso padre orgulloso y ufano de la incomparable Soledad. Eligió con suma escrupulosidad las amistades de su hija, la llevó lo menos posible á las reuniones del gran mundo, y consiguió burlar la codicia de no pocos pretendientes que pusieron la mira en la rica heredera. Ésta no se fijó en ninguno; dotada de un gran talento de observación, de una voluntad firmísima y de un superior buen sentido, conocía bien pronto las cualidades de sus pretendientes y no hallaba entre ellos ninguno digno de ser amado. Soledad, pues, no había amado nunca, ni estaba dispuesta á amar sino al que reuniese todas las condiciones de virtud é hidalguía que pudieran armonizar con su carácter. Entre tanto vivía tranquila y dichosa, adorando á su padre, cultivando con maravilloso talento la música y la pintura, y siendo lo providencia de los pobres.

Era una hermosa mañana. Soledad y su padre acababan de almorzar, y aquélla se había sentado al piano y tocaba una nueva tanda de walses de Strauss, recientemente publicada, mientras su padre fumaba un magnífico veguero y oía embebecido la suavísima armonía con que respondía el instrumento á los ágiles dedos de hada que apenas parecían tocar las teclas. Levantóse el cortinón de una de las puertas del comedor, y entró un criado que traía en una bandeja de plata cartas y periódicos. El Mar-

qués cogió unas y otros y empezó á repasar los sobres.

—Carta para tí, dijo á Soledad.

—¿Para mí?

—Sí, el sobre viene á tu nombre.

Soledad se levantó, se sentó al lado de su padre y tomó la carta.

—¡Ah! exclamó, es letra de Petra.

—¡Hola! ¿qué querrá tu prima?... porque ella no acostumbra escribir más que cuando le conviene. Ya me tenía mareado en Madrid con sus exigencias de recomendaciones á favor de la innumerable familia de su dichoso esposo. Lee, lee su carta.

—Léala V., padre mío.

—No, lee tú, que yo voy á ver qué me dice en esta otra el bueno de D. Damián, mi administrador.

Y Soledad y su padre comenzaron á leer las cartas.

Y un momento después, ambos exclamaron á un tiempo:

—¿Qué es esto?

Y el Marqués miró de una manera extraña á su hija.

—¿Qué te dice tu prima? preguntó.

—Una cosa muy singular, que me sorprende sobremanera.

—A mí también me sorprende lo que me dice don Damián.

—Que un joven se ha batido por mí.

—Pues que por mí se ha batido un joven, me anuncia nuestro administrador.

—Y esta carta... no sé qué encuentro de sarcástico y amargo en esta carta.

—Dame acá, Soledad. Supongo que tú no conocerás á ese joven de quien hablan estas cartas... porque, si tú le conocieras y no me hubieses dicho nada...

—¡Padre mío, por Dios!... exclamó la hermosa joven, fijando en su padre la serena límpida mirada,—¿podrá V. creer que yo haya tenido algún secreto para usted?...

—No, hija mía, no; perdóname, contestó el Marqués, tomando la carta de la prima, que le daba Soledad y besando la mano de ésta.

La carta de la prima decía así:

—«Mi querida Soledad: Por mi marido, que ha recibido noticias de tu papá, mi querido tío, sé que estás buena y contenta en ese paraíso; mucho te envidio esa fortuna; yo ni siquiera podré ir en tren de recreo este año á San Sebastián, porque mi marido está cada vez más apurado. Hija, casarse por amor es un disparate; yo lo hice y ahora toco las consecuencias. Aunque presumo que no te doy ninguna noticia nueva para tí, te diré que se habla mucho del lance ocurrido entre un joven,—ya sabrás tú quién es ese joven—y uno de los asíduos concurrentes de los salones de la de la Retama. ¡Qué reservada

has sido conmigo!... Lo que menos podía yo figurarme era que tuvieses amores, y puedo asegurarte que la sorpresa es general. Te doy mi enhorabuena, porque he oído hablar con gran elogio de ese joven, y un día de éstos espero conocerle, si mi señor marido me quiere llevar á una casa donde concurre esa persona. Yo te diré francamente lo que me parece. El administrador de tu papá estuvo en casa ayer, y ya sabía el lance, pero dice que el joven se batió porque oyó hablar de tu papá con poco respeto, y se puso muy ágrío porque yo le dije que estaba engañado. Pienso que él quiere hacer creer que el duelo tuvo otro origen para que no suene tu nombre. Su intención es laudable ciertamente. ¡Ay! ¡no iría mi marido á batiirse en mi defensa!... No he visto un hombre más indiferente y más apático... ¡Cuando pienso que me casé enamorada de este hombre! Adiós, desconfiada y reservada prima, que eres tan avara de tu felicidad que no quieres dar parte de ella ni á quien te quiere tanto como tu prima, —PETRA.»

—¿Usted entiende esto, padre mío? preguntó Soledad.

—No sé qué pensar... De lo que te dice tu prima insidiosamente y con toda la mala intención propia de su carácter, y de lo que con su estimable buena fe me dice D. Damián, deduzco que, en efecto, se ha verificado en Madrid un

lance fundado en algo á que tú ó yo, ó los dos, no somos ajenos. Eso es indudable.

—Pues, padre mío, yo aseguro á V. que ni tengo amores con ese joven de quien habla Petra, ni con ningún otro.

—En este asunto hay un misterio que es preciso descubrir. Escribiré á D. Damián pidiéndole que averigüe todos los detalles de este lance, y si no me contesta satisfactoriamente, yo mismo iré á Madrid.

—¿Usted, padre mío?..

—Sí; quiero conocer á esa persona que, sin conocernos, se atreve á ser nuestro campeón, y hacerle saber que para defender nuestro honor yo me basto.

—¡Jesús, padre mío! No basta estar separados, como lo estamos nosotros, de las reuniones, que son centros de malicia y murmuración, para librarse de las gentes imprudentes.

—Yo no estaré tranquilo hasta saber la verdad.

El Marqués escribió á D. Damián encargándole que averiguase todos los pormenores relativos al extraño duelo de que le hablaba en su carta, con súplica de que nada le ocultase, por desagradable que fuese.

Don Damián se dispuso á cumplir los deseos de su principal, y trató de inquirir la verdad del suceso, empleando en el desempeño de la grave y trascendental comisión, toda la pru-

dencia y delicadeza que exigía la naturaleza del asunto; pero recibió noticias tan contradictorias, que al cabo de algunos días de investigaciones se persuadió de que, cuanto más empeño pusiera en averiguar la verdad, tanto más lejos estaría de ella. Y al fin se decidió á escribir al Marqués, diciéndole que nada podía decirle, puesto que no consideraba dignos de fe los confusos informes que había recibido. Cada cual comentaba y contaba el caso de diversa manera, y no pocos de los detalles que le habían dado los consideraba invención de gente maliciosa y mal intencionada, que había hallado en aquel acontecimiento ocasión propicia de zaherir al Marqués y á su hija, quienes, por lo mismo que tan alejados vivían de lo que se llama mundo elegante, al que parecían desdeñar, no eran tratados con mucha benevolencia, que digamos.

Recibida esta carta por el Marqués, decidió hacer el viaje á Madrid, con gran sentimiento de Soledad, que temía por él, pero estaba acostumbrada á no oponer resistencia á la voluntad de su padre, y en viendo que no le disuadían las reflexiones que le hizo, no insistió, bien que aumentaron sus temores é inquietudes, conociendo el carácter firme y poco sufrido del Marqués. Acaso iba á exponerse él á otro lance.

El Marqués vino á Madrid, dejando á su hija con la excelente señora que la había servido como aya desde que murió su madre; Soledad

quedó más tranquila después de haber arrancado á su padre la promesa de que estaría de vuelta en Biarritz antes de doce días. Sabía que su padre cumplía siempre lo que prometía.

.
Joaquín estaba una mañana en casa leyendo uno de los libros que tanto le había recomendado su incógnita amada, cuando el criado le anunció que un caballero preguntaba por él y deseaba verle.

—¿Ha dicho su nombre? le preguntó Joaquín.

—Sí señor, el Marqués de la Violeta.

—¿Cómo dice V.?... ¡El Marqués de la Violeta! repitió nuestro andaluz con el mayor asombro.

—Así ha dicho.

—Que pase, añadió Joaquín sumamente turbado, trémulo y convulso como un reo que va á presentarse delante del Juez, bien que ahora no es exacta la comparación, porque ahora los reos no temen á los jueces desde que el progreso indefinido ha hecho casi inviolable la vida de los criminales, y violable cuanto se quiera la de los ciudadanos pacíficos.

El Marqués entró y saludó con exquisita cortesía á Joaquín.

Éste le miró y creyó hallarse delante del mismo personaje que bruscamente le separó de la encubierta en el baile del Teatro Real.

—Dispense V., dijo el Marqués, si me presen-



to tan de mañana; acabo de llegar de Francia, y sólo me he detenido lo preciso para cambiar de traje é informarme de las señas de la habitación de V.

Joaquín callaba, no sabiendo qué decir.

—He hecho este viaje sólo por tener el honor de visitar á V.

—Es una honra que aprecio mucho la que V. me dispensa, y ya deseo saber en qué puedo ser útil á persona tan distinguida como V.

—He sabido que V. ha tenido un duelo con una persona que se permitió decir de mí no sé qué... Usted comprenderá cuánto asombro ha debido causarme el suceso, y no extrañará que desee saber qué motivos indujeron á V. á tomar mi defensa, no teniendo yo el honor de ser conocido de V. Yo no recuerdo haber visto á V. hasta ahora, y á V. creo que le sucederá lo mismo respecto de mí.

—Yo he visto á V. una sola vez.

—¿Dónde?

—En un baile del Teatro Real.

—No señor; permítame V. que le diga que no puede V. haberme visto en semejante función, porque yo no he ido nunca á baile alguno verificado en ese teatro.

—Era un baile especial, dispuesto por la grandeza en favor de los pobres.

—Ni en favor de los pobres ni de los ricos he ido yo á ningún baile.

—¡Es singular! Yo hablaba con una máscara, y llegó un caballero, que ahora al ver á V. he creído reconocer, y se la llevó de mi lado.

—Desconozco esa historia.

—Y luego, dando las señas de aquel caballero, que convienen con las de V., se me dijo que no podía ser otro que el Marqués de la Violeta.

—Quien le dijo á V. eso no hablaba seriamente. Repito á V. que ésta es la primera vez que tengo el gusto de hablar con V.

—Yo no lo puedo dudar desde que V. me lo asegura.

—Pero, añadió el Marqués frunciendo el ceño, si en aquella ocasión le dijeron á V. que la persona que le había separado de la máscara con quien V. departía era yo, sería, sin duda, para hacerle suponer que la máscara era mi hija ¿No es así, preguntó con visible enojo.

—Sí, señor, respondió todo desconcertado el bueno de Joaquín.

—¡Qué infamia!... A mi hija le pasa lo mismo que á mí; no le conoce á V. ni le ha visto en su vida. ¿Usted conoce á mi hija?...

—No señor, pero, seré franco, creía haber hablado con ella.

—¿Cómo es esto?... ¿Dice V. que no la conoce y, sin embargo, creía V. haber hablado con ella?... Es curioso por cierto lo que V. me cuenta. ¿Cuándo, dónde, en qué ocasión ha podido usted hablar con mi hija?...

—Señor Marqués, ¿tiene V. la bondad de decirme el nombre de su hija?

—Soledad.

—Soledad se llama también la que habló conmigo aquella noche en el Teatro Real.

—Señor mío, esto ya es demasiado, exclamó el Marqués con mayor enojo.

—Ruego á V. que se calme; ya estoy persuadido de que ni V. ni su hija estuvieron en el Teatro Real.

—¿Quién es el que hizo á V. creer que estábamos allí y que mi hija hablaba con V., y que yo corté la conversación; separándola de V.?... Dígame V. el nombre de esa persona, á quien deseo hacer comprender que no tolero burlas.

—La persona que V. cree capaz de imprudentes burlas, es dignísima y no se las permitiría nunca de ese género, señor Marqués. Usted conocerá á esa persona y se desvanecerán sus sospechas.

—Bien, vamos ahora á la cuestión del duelo. Ya comprendo lo que sucedió. Usted oyó hablar de mí con la ligereza con que en esta sociedad se habla de cosas y de personas respetables...

—Y no pude contenerme y rechacé la calificación que hacía de V. un hablador.

—Hizo V. mal.

—No reflexioné...

—¿Y qué dijo de mí ese hablador?

—Motejaba á V. y á su hija por su alejamien-

to de la sociedad, empleando alguna frase inconveniente, no ofensiva.

—Comprendo, nos llamaría tontos. Los que lo son tienen empeño en llamárselo á los demás.

—Precisamente.

—La acción de V. revela sus nobles sentimientos, pero ha comprometido V. á mi hija. La malicia es muy fecunda, la envidia es implacable en esta sociedad, y para labrar el desprestigio y aun la deshonra de una persona inocente, basta una insidiosa reticencia, una palabra misteriosa, una frase de equívoco sentido. Á estas horas, todo el mundo cree que mi hija tiene amores con V. Á mí me basta haber visto á V. y haber oído sus palabras para creerle sincero y para disculpar su acción; pero fatalmente en este asunto va mezclado el nombre de mi hija, y esto me disgusta profundamente.

—Mucho me ha preocupado á mí también, y grande es mi sentimiento por haber causado á usted este pesar.

Joaquín refirió al Marqués la sencilla historia de su amor á la desconocida Soledad, y lo hizo con tal sinceridad, con tanto entusiasmo, con tal convicción, de tan discreta manera, que el Marqués no pudo menos de quedar prendado de su carácter tan noble, tan generoso, tan franco y tan hidalgo.

—Cuidado, le dijo, después de haber oído la historia de su inocente amor, cuidado no sea esa

desconocida alguna aventurera que haya fraguado un plan para comprometer á V. cuando juzgue que es momento oportuno.

—¡Oh! no señor, contestó Joaquín, y sacando de su pupitre las cartas que tenía de Soledad, añadió, dándoselas al Marqués:—Lea V. alguna de esas cartas y comprenderá que no las ha escrito una aventurera.

—En efecto, repuso el Marqués después de haber leído alguna, esta es mujer digna y discreta, no hay que dudar.

—Vea V., añadió Joaquín, todo ha coincidido para que yo creyese que Soledad era su hija de usted; una de estas cartas, la última, la he recibido de Pau, algunos días después del baile en el Real, V. y su hija salieron de Madrid, para el extranjero el siguiente al del baile.

—Es singular... En fin, ella le promete á V. darse á conocer; ya cumplirá su palabra.

—¡Oh! tengo en ella fe ciega.

—Por mi parte no siento haber hecho el viaje, porque así he tenido la satisfacción de conocer á usted. La juventud de estos tiempos, confieso á usted que no me es muy simpática, porque no tengo de sus cualidades el mejor concepto. Es vana, soberbia, descreída y revolucionaria, sin génio, sin grandeza, sin patriotismo... En V. veo una excepción, y con sumo placer estrecharé su mano, y haré con V. lo que hago con pocas personas, ofrecerle mi casa y mi amistad. Si va V.

á Francia, deténgase en Bayona y haga una excursión á Biarritz; á mitad de camino hallará V. una posesión, que sobre la verja de la puerta tiene en letras doradas el nombre que usted tanto ama y que yo adoro sobre todas las cosas de este mundo: el nombre de *Soledad*. En aquella casa encontrará V. siempre un amigo.

—No sé cómo expresar á V. mi reconocimiento.

—La mejor manera será acordándose de mi oferta y visitándome cuando vaya V. á Francia. Mi hija y yo no vendremos á Madrid en mucho tiempo, que aquí se ven ya venir acontecimientos que no será agradable presenciar, sobre todo para los que nos reconocemos impotentes para evitarlos.

El Marqués se despidió de Joaquín, quedando prendado de éste, y acaso iba pensando que para marido de su hija le convendría un joven como el andaluz. Éste también experimentó una gran simpatía hacia el Marqués, en quien creyó hallar, y no se equivocaba, un perfecto modelo de caballeros, y en verdad sintió que Soledad, la hija del Marqués, no fuese la Soledad de sus amorosos ensueños, ensueños tan puros como los de un ángel.

Todavía no había vuelto de su sorpresa y de sus confusiones nuestro joven, cuando apareció don Facundo, tan jovial como siempre.

—Don Facundo, le dijo, tengo mucho que contar á usted.

—Sepamos. ¿Ha parecido ya Soledad?

—No señor, al contrario.

—Entonces ha desaparecido.

—No quiero decir eso.

—Pues diga V. lo que quiere decir.

—Ha estado aquí...

—¿Soledad?

—No señor, el Marqués de la Violeta.

—¿Su padre?

—No señor.

—¿Pues no habíamos convenido en que la incógnita dama de los pensamientos de V. debía de ser, por las señas, hija de ese señor?...

—Él sí es padre de Soledad, pero esta Soledad no es la Soledad que yo busco.

—Poco á poco, y sepamos cuántas Soledades hay.

—Hay dos; la hija del Marqués y la que firma con ese nombre las cartas que me ha escrito.

—Y ¿á qué ha venido el Marqués?

—A pedirme ciertas explicaciones con motivo del duelo con Pérez; ha llegado hoy con ese único objeto de Bayona, donde reside con su hija.

—¿Y es V. tan cándido que aún cree que no es el padre de Soledad? Pues si no, ¿cómo había de tener tanto interés por conocer á usted?...

—Él me ha dicho que su hija no me conoce

y que nunca han ido él ni su hija á baile alguno del teatro Real.

—Y ¿V. recuerda haberle visto?

—Sí, señor; podrá no ser, pero á mí me parece el mismo que separó de mi lado aquella noche á mi desconocida enmascarada.

—¿Con que, le parece á V. el mismo?

—Sí, señor, pero él lo niega y yo no puedo en modo alguno dudar de sus palabras. Es un hombre que inspira respeto y veneración.

—Pues yo apostaría algo bueno á que Soledad, la hija del Marqués, es la que V. ama.

—No, señor, tengo evidencia de que el Marqués no me engaña.

—Una de dos, ó el Marqués ha querido desorientar á V. haciéndole creer que su hija no es la que V. ama, porque acaso no le convenga que su hija ame á V.; ó ha querido hacer una prueba para apreciar la intensidad de ese amor de usted, de que su hija le habrá hablado. Y acaso de acuerdo con ella.

—¡Oh! no había pensado eso..., pero el Marqués parece demasiado formal...

—En fin, yo en lugar de V. haría una cosa.

—Diga V. lo que haría y lo haré; ya sabe usted cuánto aprecio su consejo.

—Yo iría á Bayona.

—¿Cree V. ?...

—Sí, señor, iría á Bayona. Y vamos, yo le acompaño á V.

— Pero...

— Hoy escribe V. á su señora madre diciéndola que va á Francia conmigo, y estoy seguro de que no le parecerá mal.

— ¡Oh! ya lo creo.

— Y allí recibiremos su contestación. Mañana nos vamos. Yo me he propuesto descubrir quien es esa mujer que tanto le ha impresionado á V., y si es joven y buena, hermosa y rica, le casaremos á V. con ella, si es que V., viéndola, no se arrepiente de su amor, que todo pudiera ser. Lo desconocido tiene grande encanto, que suele acabar en cuanto se conoce. Por lo pronto puedo asegurar á V. que la hija del Marqués reúne todas esas cualidades; es joven, hermosa, buena y rica.

— Ahora sólo falta que sea ella la que yo amo. Tengo certeza de que no es ella. El Marqués no me ha engañado.

— Eso vamos á ver.

— Pero no debemos partir hasta que haya partido el Marqués.

— Lo creo acertado, yo me enteraré y partiremos ocho días más tarde.

Joaquín estaba lleno de confusiones, y vino á aumentarlas días después una carta que recibió de Soledad, que sólo contenía estos dos renglones:

«No me olvido de V., y creo que está próximo el día en que conozca V. á su amiga Soledad.»

La carta no tenía fecha ni el nombre del sitio donde había sido escrita; pero el timbre de la administración de correos decía bien claro *Olorón*.

Enseñó Joaquín la carta á D. Facundo como prueba de que no podía ser la hija del Marqués la que escribía desde Olorón, hallándose entre Bayona y Biarritz.

—¿Y eso qué prueba? preguntó D. Facundo.

—Me parece que prueba algo.

—Nada.

—Es singular que todavía le parezca á V. que es la hija del Marqués.

—La hija del Marqués es, amigo mío, con quien V. se va á casar.

—¡Qué disparate!

—Usted se enamorará de ella cuando la vea.

—No digo que no sea digna de ser amada, pero si no es mi desconocida...

—Poco tardaremos en saberlo, porque el Marqués sale hoy para Bayona y nosotros dentro de ocho días, como hemos convenido.

XIV

En Biarritz.

En efecto, ocho días después emprendieron don Facundo y Joaquín su viaje á Francia y en el camino nada les ocurrió que deba notarse, porque á la sazón todavía circulaban los trenes con regularidad y no había peligro de ser detenido por fuerzas armadas, ni de tener que esperar en ninguna estación desmantelada que cesara la batalla; aun no había tomado la guerra civil el gravísimo carácter que presentó después. Joaquín gozó mucho admirando las hermosas obras del ferrocarril del Norte, los atrevidos puentes, los pavorosos, aunque sólidos túneles, y, sobre todo, la extraordinaria esplendidez de la naturaleza en las provincias de Álava y Guipúzcoa. Dábale gusto ver en las estaciones aquellas hermosas mujeres de ojos negros y espléndida cabellera, y aquellos hombres fornidos, robustos, en cuya fisonomía se retrataba la honradez, y divertíase grandemente oyéndoles hablar el enrevesado vascuence, tan poético y tan

dulce para quien lo entiende y tan poco agradable para quien no tiene esa fortuna.

En San Sebastián se detuvieron dos días los viajeros, que bien merece ser visitada la lindísima ciudad, centro los años anteriores de vida y de movimiento, donde hallaban recreo, salud y esparcimiento todas las clases de la sociedad y donde después reinó el silencio de la tristeza, solamente interrumpido por los ecos siniestros de las descargas de artillería y fusilería que llenaron de sangre generosa las crestas y las faldas de las montañas vecinas y la verde alfombra de los antes apacibles y risueños valles. San Sebastián, el pueblo tan conocido y tan amado de los castellanos, estuvo casi incomunicado con Madrid. Parecía como que ya no nos quería dar hospitalidad y que nos negaba la salud que otros años fuimos á buscar en aquella incomparable concha... Es la guerra civil la que nos incomunicó con Guipúzcoa y con Francia, la que costó tanta sangre, la que tantos desastres produjo.

¡Triste destino! Dice un belga, amigo nuestro, que reside en Bilbao hace muchos años, que España podía tener todas las calles y plazas de sus pueblos empedradas de monedas de cinco duros, y así da idea de la riqueza inmensa que tiene en sí misma esta nación desventurada; pero, añade, los españoles, que en todo andan divididos, sólo en una cosa están conformes: en ser pobres, y así procuran, por todos los medios

posibles, no salir de la pobreza, que tiene para ellos singular encanto. ¿No hay en esto un gran fondo de verdad... de tristísima verdad?...

D. Facundo y Joaquín salieron al amanecer del tercer día para Bayona, y á las tres horas entraban en el Hotel del Comercio, donde el primero había estado muchas veces, y conocía, por consiguiente, á todo el mundo.

Hallaron en Bayona muchas personas conocidas, compatriotas que les hacían miles de preguntas acerca de lo que pasaba en España, dando con esto al primero ocasión de decir grandes verdades de los políticos que estaban en la emigración y de los que se hallaban en el poder: todas las tardes formábase la tertulia delante del café de la plaza de Armas, y allí don Facundo peroraba constantemente, poniendo como nuevos á todos los personajes de su país, con aplauso general, porque somos los españoles extremados en la afición á oír hablar mal de nosotros mismos. Una tarde estaba allí el marqués de la Violeta, que experimentó gran satisfacción al encontrar al simpático joven por quien había venido á Madrid, y le hizo mil ofrecimientos, y le convidó á comer el jueves inmediato en su casita del camino de Biarritz, lo mismo que á D. Facundo, su antiguo amigo.

—Los jueves, les dijo, reuno en casa á varios amigos franceses y españoles; mi hija no me permite convidarlos más que un día á la sema-

na; los demás días tiene los suyos, los pobres, á quienes sirve ella misma. Vayan ustedes, pues, á pasar todo el día conmigo. Les enseñaré su casa.

Joaquín y D. Facundo aceptaron la galante invitación, y el jueves se presentaron en casa del marqués, que ya los esperaba impaciente.

La residencia del Marqués era una casa lindísima, donde se advertía el orden, la sencillez, la modestia, en medio de la riqueza de su decorado.

—Todo esto, decía el Marqués acompañando á sus huéspedes, ha sido dirigido por mi hija; en todo ha intervenido ella, en todo se ve su mano delicada y previsora. Estos sillones ellá los ha bordado; estas cortinas ella las ha cosido, este cuadro ella lo ha pintado. Como no frecuenta la sociedad, y no hace visitas más que un día cada mes, y no las recibe más que un día cada semana, ha tenido tiempo de aprenderlo todo. Ha aprendido hasta á hacer... lo que luego probarán ustedes, primorosos dulces, que á mí me parecen regalo del cielo.

—Su hija de V. es lo que se llama una mujer de su casa, dijo D. Facundo.

—¡Oh! no me toca á mí hacer su elogio; pero no puedo resistir al placer de contar á todo el mundo la ventura que Dios me ha dado con mi hija. Si Dios lleva al cielo mi alma, habré gozado el privilegio de ser completamente feliz en esta y en la otra vida.

Llegaron el Marqués y sus huéspedes al gabinete de Soledad.

—Ahora que está gravemente ocupada mi hija en la confección de sus dulces y no vendrá por aquí, me permitiré enseñar á ustedes su habitación.

Era sencillísima: seis sillas, una mecedora, un velador, una máquina de coser, algunos cuadros, vistas de aquellos alrededores, pintadas por Soledad, y un pequeño estante de libros componían todo el adorno de la habitación; sobre el velador había tres ó cuatro libros en rústica; en la cubierta del uno leyó Joaquín: *Trueba — Cuentos campesinos*; en la de otro *Fábulas de Hartzenbusch*; en otro *Castro y Serrano — Cartas trascendentales*; en otro *Obras de Fernán Caballero*.

Joaquín recordó que su desconocida, en una de las cartas, le recomendaba precisamente obras de esos mismos autores. Era coincidencia singular. ¿Sería, en efecto, la hija del Marqués su incógnita?...

El Marqués hizo pasar á sus huéspedes á otra habitación, que era su gabinete de estudio. En uno de los testers de aquel bonito salón había un retrato admirable, como obra que era del insigne artista Rosales, el celebrado autor del *Testamento de Isabel la Católica*. Era un retrato de Soledad.

Joaquín quedó sorprendido al contemplar tan perfecta hermosura. Había en aquella figura un

aire de candor, una dulzura en la mirada, tanta inocencia en la sonrisa, tanta sencillez en el traje, tanta modestia en la actitud, que á la vez que todas estas circunstancias acreditaban el peregrino ingenio del artista, demostraban que el original debía ser una incomparable criatura, llena de gracia, de virtudes y perfecciones.

Era aquel un retrato de esos que hacen decir al que los contempla, aunque no conozca el original: — «Debe ser este un retrato muy parecido.» — Así como hay otros retratos que revelan desde luego al observador, aun no conociendo á los originales, que éstos han sido hábilmente favorecidos en la copia.

Don Facundo encareció el parecido del retrato de Soledad, y el Marqués aprovechó la ocasión de hacer el debido elogio del artista, uno de los más notables de la época, el que era tan simpático por su talento, por su carácter y por su desgracia, y tan breve tiempo ha estado en el mundo.

Hallándose en esta conversación los tres amigos, empezaron á llegar otros invitados á la mesa del Marqués, entre ellos una de las autoridades de Bayona, francés muy colorado, aristócrata de toda su vida, republicano de casualidad y carlista de afición, acompañado de su señora, una gran matrona de severo continente, con más autoridad que su marido, puesto que la ejercía absoluta sobre éste, que era la autoridad. Otro de

los convidados era el Conde de***, emigrado español, por gusto, no por necesidad de salvar su vida, porque ningún gobierno se había acordado de perseguirle nunca, pero él se consideraba perseguido siempre y tenía empeño en hacer creer en su importancia política. Decían, sin embargo, los que conocían su vida y milagros, que efectivamente, en España había sido inhumanamente perseguido por sus acreedores y por su mujer. Era hombre de ingenio y de buena sociedad, y sus pretensiones políticas constituían un antídoto eficacísimo contra la hipocondría ó el mal humor de las personas que le recibían gustosas. También había sido invitada la viuda de Pardillo, un brigadier, con sus tres hijas; buena señora la viuda, sólo que tenía la singular manía de querer ser más joven que sus hijas, y se componía y aderezaba por tal manera, que á la legua se conocía el aderezo, y el efecto era para ella contraproducente. Si no hubiera sido tan extremada en el afeite, si no hubiese abusado de la mano de gato, nadie habría supuesto que tenía más de cuarenta y dos años,—que aun estaba de buen ver la viuda,—pero al verla tan revocada y emblanquecida, nadie le atribuía menos de cincuenta, y un pico de consideración. Sus hijas eran muy amigas de Soledad, bien que la tenían por una muchacha extravagante y la nombraban, por ironía, la *sabia*.

La viuda y sus hijas eran la alegría de Biarritz

y un gran elemento para los bailes, conciertos y representaciones dramáticas que se celebraban en las casas principales. Ella y una de sus hijas cantaban con notable perfección; otra de éstas tocaba el piano, y la tercera era consumada en el arpa y en representar papeles de *ingenue* en comedias en francés. Completaba el cuadro de convidados del Marqués un general que tenía grandes planes para hacer feliz á España, si algún día volvía á ser llamado al poder, siendo muy de sentir que habiendo sido dueño del poder varias veces no se hubiese empleado en desarrollarlos, ya que tan infalibles le parecían, pero, sin duda, le ocurría que en llegando al poder ya se le olvidaban los planes ó los juzgaba ineficaces. Este general soltero y preciado de buen mozo, tenía puesta la mira en Soledad, y contaba con hacer alguna gran heroicidad en la primera ocasión que se presentara, á fin de interesar á la que era objeto de sus amorosas ansias.

Soledad le trataba con sumo agrado, como que era amigo de su padre, le oía con benevolencia y le agradecía sus obsequios, pero, procurando no herirle en su amor propio, que era más grande que el que á ella le tenía, no le daba esperanza alguna. El general, sin embargo, juzgábase seguro de la victoria, bien que no estaba muy acostumbrado á lograrlas. Y preocupado con su amor á la hija del Marqués, no advertía el interés que

inspiraba á la mayor del brigadier, la cual, aficionada en extremo á la milicia, soñaba con ser generala, y no había querido ser coronela, casándose con un coronel de los antiguos, por temor, de que siendo antiguo, se muriera sin llegar á general. Las otras dos hijas de la brigadiera vieron con suma complacencia á Joaquín en casa del Marqués, y les pareció por extremo galán y simpático; ellas no tenían, como su hermana, la pretensión de ponerse al frente de los ejércitos, y sin desdeñar á la clase militar, consideraban que entre los paisanos se encuentran también maridos muy aceptables.

—¿Y Soledad? preguntaban las hijas de la brigadiera.

—¡Qué pícara! estará componiéndose todavía, observaba la viuda que suponía sin duda á todas las mujeres con la misma afición que ella tenía tan desarrollada.

—¿Y qué hay, señor mariscal?—preguntaba el funcionario francés: ¿tiene V. buenas noticias de España?

—Excelentes: el Gobierno no puede subsistir; falta allí un hombre de iniciativa, enérgico, que tenga prestigio en el ejército..... Hoy he recibido aviso para que esté preparado, porque acaso sea yo necesario muy pronto en Guerra.

—¡Ay! ¿va V. á ir á la guerra, general?... preguntaba la hija mayor de la viuda.

—No; hablo del Ministerio.

—¡Ah! ¡ministro! exclamaba la entusiasta de Marte, mirando con una viva expresión de ternura al guerrero.

—Pero no iré, añadió éste, porque tengo mis planes de gobierno, y dudo mucho que fueran aceptados.

—Sí, señor, decía D. Facundo; sí lo serán; en España todo el mundo tiene planes, y todos los planes se ponen á prueba, todos se aceptan, hasta los más descabellados. No digo esto por los de V., que desconozco, y que serán como de persona de seso y buena intención.

—España necesita hombres nuevos, decía el francés.

—Hombres de bien es lo que necesita España, añadía D. Facundo, sean nuevos ó viejos; hombres de gran abnegación, de grande energía, de intachable historia; hombres que tengan sentido común y recta intención, y piedad de ese pobre pueblo, víctima de ambiciosos sin talento, que le quieren arrebatarse los dos más grandes bienes de los pueblos, la fe y el patriotismo.

La conversación fué interrumpida por la llegada de la hija del Marqués, que se disculpó con encantadora sencillez de no haberse presentado antes, y abrazó á sus amigas; y saludó con exquisita elegancia á Joaquín.

Este quedó deslumbrado. Nunca había visto tan perfecta hermosura.

La estatura de Soledad era la misma de la

encubierta que tan profundo interés había logrado inspirar á nuestro impresionable andaluz; pero la voz era diferente.

Joaquín había conservado el sonido de aquella dulcísima voz de la máscara que le habló en el teatro Real; la de la hija del Marqués era dulce también, pero era otra voz; no revelaba sufrimiento, pena profunda, como la de la máscara... No era fácil que Joaquín olvidase aquella voz, á ninguna otra parecida, voz de lágrimas, de melancólica suavidad, de resignación sublime.

—¡Oh! pensó Joaquín, contemplando á Soledad; si yo no amasetanto á mi desconocida, amaría á esta hermosa criatura, que tiene retratada en el rostro la bondad de un alma tierna y generosa.

Don Facundo observaba á Joaquín y conocía la buena impresión que le había causado la gentil presencia de la hija del Marqués.

Poco tiempo estuvo en el salón Soledad. Salió á dar sus disposiciones á los criados, y volvió luego á anunciar que pronto se serviría la comida.

En la mesa Joaquín ocupó su lugar al lado del Marqués y frente á Soledad.

De repente, el joven fijó sus ojos en la mano de Soledad, y quedó suspenso un momento.

Soledad tenía en uno de sus preciosos dedos un anillo enteramente igual al que Joaquín había visto en la mano de su desconocida.

—¡Es ella! pensó; ¡es ella!... Como ese anillo no puede haber otro.

Y sin embargo, no era ella.

La hija del Marqués no había visto nunca á Joaquín.



XV

La madre.

No habrá olvidado el lector, si esta sencilla narración le ha inspirado algún interés, á la excelente señora doña Mercedes Angulo y Tres Castillos, madre amorosísima de Joaquín; recordará cuánto vaciló antes de resolverse á vivir separada de su hijo, y que al fin se resignó, comprendiendo que su hijo necesitaba ver mundo, terminar su carrera, adquirir relaciones, y disponerse, en fin, á ocupar en la sociedad el brillante puesto á que le llamaban sus cualidades de inteligencia y su calidad de dueño de una gran fortuna.

Desde el punto en que Joaquín se alejó de su madre comenzó para ésta una continuada serie de angustias, temores y sobresaltos, y fuera empeño vano tratar de expresar aquí todos los tormentos que sufrió su amorosísimo y tierno corazón de madre.

En los tiempos más pacíficos y bonancibles hubiera preocupado á la buenísima señora todo

linaje de temores; pero en esta época revolucionaria, en que es casi general el extravío de las ideas, en que la juventud aprende los mayores absurdos y los juzga verdades, en que se ha perdido todo respeto, toda consideración, todo freno; en que la ambición ha tomado tan espantosas proporciones; en que los vicios se ostentan públicamente; en que el decoro, la consecuencia, la abnegación, la modestia y el verdadero saber ceden el campo, avergonzados, al descoco, á la veleidad, al egoísmo, á la soberbia y á la ignorancia, ¿qué no podría temer la atribulada madre?...

—¡Ay, Dios mío! pensaba en la soledad de su hogar, triste hogar desde que lo había abandonado el hijo idolatrado; ¿qué hará mi hijo? ¿dónde estará mi hijo? ¿con quién hablará ahora mi hijo?.. El es noble y confiado, no recela de nadie; quien quiera tenderle un lazo le cogerá en él como si fuera un niño... Bueno es que sepa, que tenga una carrera; ya lo creo, no quiero yo que mi hijo sea un ignorante; pero, ¡Dios mío! si, como dice el P. Diego, en aquella Universidad de Madrid hay profesores que hacen alarde de revolucionarios, de despreocupados, de ateos, —horror me da pronunciar esa palabra,—¿qué va á aprender allí mi hijo?... ¡Va á aprender á perturbar y destruir su propio país, á arrancar de las almas sencillas la fe cristiana, ese gran consuelo que da fuerzas al hombre para todos

los infortunios... ¡Jesús! ¡qué imaginación la mía!... Estoy agraviando á mi hijo suponiéndole capaz de olvidar lo que le hemos enseñado su padre y yo, capaz de matarme, porque me mataría si volviera aquí sin fe, sin religión... No lo quiero pensar... Mi amiga Salvadora me escribe que no tenga ningún temor, que mi hijo no corre peligro alguno de pervertirse, que su mejor y más asiduo amigo es D. Facundo... Y esto es lo que más me pone en cuidado, porque el cuñado de Salvadora era, cuando yo le conocí, uno de esos hombres que llaman *corrídos*, y no tenía la mejor reputación. Salvadora me dice que estoy equivocada, que D. Facundo es persona discreta, y que su amistad es la que más conviene á mi hijo... ¿Quién sabe si Salvadora, en este desconcierto general de las ideas, se habrá contagiado también? ¡Dios mío! ¡qué incertidumbre!... Yo iría de buena gana á Madrid, al lado de mi hijo, pero no; creería que desconfío de él.

Y todo el día lo pasaba la amante madre discurriendo así, y no daba punto de reposo á su imaginación.

Cuando llegaba carta del hijo amado, besábalas mil veces, miraba y remiraba el sobre pretendiendo conocer por la forma de la letra el estado de ánimo de su hijo en el momento de escribirla; abría la carta, y leía rápidamente, y lloraba y reía; y acabada la lectura, se postraba

de hinojos á dar gracias á Dios y á bendecir á su hijo, y luego empezaba á leer nuevamente, comentando todas las frases, haciendo de ellas el más detenido examen... y después, ¡qué impaciencia hasta que volvía á recibir otra carta de su hijo!...

El R. P. Diego y el médico D. Martín habían continuado, como siempre, visitando diariamente á la viuda, que los estimaba tanto como los dos merecían por su lealtad, su consecuencia y su honradez. El uno era, como ya dijimos, absolutista, y el otro liberal; pero ambos igualmente buenos, probos, leales españoles, generosos y caritativos, verdaderos patriotas y hombres de bien: todos los días se peleaban los dos íntimos amigos, pero juntos se horrorizaban también de los desastres que causaba la guerra civil, que todavía ardía en nuestra patria, por los pecados de todos. Es que antes que políticos eran católicos y dignos hijos de Jesucristo.

Una tarde, el reverendo y el doctor encontraron á doña Mercedes sumamente exaltada.

—¿Hay novedad, señora? preguntó con interés el bueno del canónigo.

—¿Qué ha ocurrido? interrogó el médico alarmado.

—¿Le ha sucedido algo al chico?... añadió el Padre Diego. Siempre lo estoy temiendo. Un joven en aquel infierno tiene que perderse, sin remedio...

—Por Dios, Sr. D. Diego, deje V. que esta señora nos explique, y luego tendrá V. tiempo de hacer sus observaciones.

—Mi hijo se va á Francia...

—¿Emigrado? preguntó el liberal D. Martín.

—¡A Francia!... exclamó con asombro el canónigo: de allí nos han venido todos nuestros males. ¡Pobre muchacho! Ya decía yo que al fin...

—Pero hombre, calle V., y V. perdone que se lo diga, y deje hablar á esta señora.

—Me ha escrito, y me pide permiso.

—Pura hipocresía, murmuró el fraile; ya sabe él que su madre dirá amén.

—Y vamos á ver, ¿qué tiene de particular que se vaya á Francia?... Hace muy bien, y yo le acompañaría de buenísima gana, observó el médico... A mí me gustan mucho las francesas, y los franceses me entretienen sobremanera. Allí hay mucho bueno.

—Y muchísimo malo, se apresuró á decir el padre Diego.

—Hombre naturalmente; pero yo no hablo de lo malo, sino de lo bueno.

—Dice Joaquín, añadió la excelente madre, que va con D. Facundo á ver las provincias Vascongadas y los pueblos franceses de la frontera, Bayona, Biarritz...

—Y estando allí ¿quién no se alarga hasta París, el centro de todo lo más depravado y escandaloso?... dijo el canónigo.

—Y haría muy mal en no ir á París, repuso seguidamente el médico; y yo, en su lugar, no dejaría de visitar la Suiza y la Italia.

—Jesús, Ave María Purísima, exclamó el Padre Diego; este hombre está cada vez más rematado. Un muchacho en esos países tan pervertidos...

—¡Por Dios, Sr. D. Diego, que estamos en el siglo xix!...

—Sí, á fe mía que podemos estar ufanos del siglo. ¡Siglo de desastres!...

—Pero, amigos míos, cesen ustedes en su querrela, dijo doña Mercedes, y tranquilicen mi espíritu. Voy á leer á ustedes la carta de mi hijo.

—Veamos.

—Dice así: —«Querida mamá mía de mi alma...»

—¡Zalamería!... dijo por lo bajo el padre.

—«Estoy muy bueno y muy contento, porque pronto seré doctor...»

—¡Doctor! ¡Doctor un muchacho que ayer, como quien dice, andaba á la escuela!... observó el canónigo.

—Señal de que ahora se aprende antes que antaño, observó el médico. Usted dispense, señora mía, pero este hombre me obliga á ser hasta grosero. Siga usted su lectura.

—«Y porque pronto daré un abrazo á mi querida mamá... Ha de saber V. que el bueno de D. Facundo me ha propuesto que haga con él

un viaje á las provincias Vascongadas y á los pueblos franceses de la frontera, un viaje de algunos días para descansar un poco de mis estudios y respirar el aire del mar. Haré con mucho gusto ese viaje si V. me lo permite; tengo en ello gran interés...»

—¡Hola, hola! interrumpió D. Diego.

—Ya ha descubierto este hombre algún tenebroso plan... y... V. dispense, señora, añadió D. Martín.

—«Por complacer á D. Facundo y por satisfacer el vivísimo deseo que tengo de conocer esos lugares...»

—De perdición, añadió el canónigo.

—«Pero ante todo quiero que V. me conceda su permiso. Tengo tanta curiosidad de ver Bayona y Biarritz, sobre todo Biarritz...»

—En mi vida me ha ocurrido á mí ir á ese pueblo, interrumpió el P. Diego.

—Es claro; y porque V. no ha ido, no debe ir nadie. ¡Ay! perdone V. otra vez, señora.

—Esto es lo más grave de la carta, dijo doña Mercedes, y leyó:—«D. Facundo dice que allí descubriré un misterio que tengo mucho interés en conocer, y que es toda una historia. Toda se la contaré á V.»—Lo demás de la carta no tiene nada de particular.

—Pues, señor, dijo D. Martín, la verdad es que tampoco encuentro yo nada de particular en lo que ha tenido V. la bondad de leernos.